ODÓN DE CLUNY

Vida de san Geraldo de Aurillac

Vita S. Geraldi

SABBATISMUS

Odón de Cluny (c. 879–942)
Vita S. Geraldi · Vida de san Geraldo de Aurillac

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Carta dedicatoria del autor

Al señor abad Aimón, digno de recuerdo afectuoso por sus méritos, Odón, consiervo de los hermanos, desea salud perpetua en Cristo.

El librito sobre la vida y los milagros del bienaventurado varón Geraldo, venerable padre, que hace poco me instaste con tanto imperio a componer como pudiera, lo emprendo ya, aunque temblando. Pues si lo hago, temo la presunción, como quien excede sus fuerzas; y si no lo hago, me espanta la contumacia, como quien desobedece. Confiado, pues, en la obediencia y en la bondad de Cristo, pongo manos a la obra, y te ruego que implores la clemencia del mismo Cristo para que, por amor de su siervo Geraldo, se digne moderar el relato de tal modo que no sea del todo indigno del hombre a quien dispuso glorificar, ni ocasión de transgresión para mí. Para evitar esa transgresión, paso por alto algunas cosas que quizá me reproches, y entretejo solo lo que me dieron a conocer testigos fidedignos, estando tú también presente.

Adiós.

Prefacio

Muchos suelen dudar de si es verdad lo que se cuenta del bienaventurado Geraldo. Entre ellos, algunos lo tienen no por verdadero en absoluto, sino por pura fantasía. Otros, como buscando excusas para sus pecados, lo ensalzan sin discernimiento, diciendo, en efecto, que Geraldo fue poderoso y rico, que vivió entre deleites, y que con todo es santo. Estos, sin duda, se esfuerzan por excusar con su ejemplo su propia vida voluptuosa. Nos ha parecido, pues, conveniente responderles un poco, en la medida de nuestras fuerzas. Pues también nosotros, aunque hacía tiempo que habíamos oído la fama de sus milagros, dudábamos de ellos, sobre todo porque en algunos lugares, por rumores que no sé quién difunde, suelen formarse de pronto concurrencias populares que poco a poco se extinguen como cosa vana. Pero cuando un asunto nos obligó a visitar a la comunidad del monasterio de Tulle, quisimos llegarnos a su sepulcro. Entonces llamamos a cuatro de los que él había criado —a saber, el monje Hugo, el sacerdote Hildeberto, y Wilardo y otro Hildeberto, laicos nobles—, y además a muchos otros, e indagamos sus costumbres y la calidad de su vida: unas veces juntos, otras por separado, examinamos con empeño lo que decía cada uno y si concordaban entre sí en lo que decían, sope-

sando en silencio si su vida había sido tal que le convinieran los milagros. Y una vez averiguado cuán piadosamente había vivido, y que Dios había mostrado con muchos indicios que estaba en su gracia, ya no pudimos dudar de su santidad. Más bien nos preguntamos con asombro por qué, en esta nuestra época, cuando la caridad está ya casi del todo enfriada y el tiempo del Anticristo es inminente, habrían de cesar los milagros de los santos. Pero sin duda se acuerda de su promesa, pues dice por Jeremías: No dejaré de hacer el bien a mi pueblo (Jer 32,40). Y de este beneficio suyo da testimonio el Apóstol, al decir que Dios, sin dejarse en ninguna época sin testimonio, haciendo el bien, llena de alegría los corazones de los hombres (Hch 14,17). Si, pues, place a su divina benignidad que quien hizo maravillas con los padres sea glorificado también en nuestros tiempos, de ningún modo debemos ser incrédulos. Que esta disposición divina obre en este tiempo y por medio de un hombre de nuestros días parece deberse, sin duda, a que todos los hechos y dichos de los santos de antaño se han borrado ya del corazón como un muerto (Sal 31,13). Y como este varón del Señor ha sido hallado, como en los días de Noé, alguien que vivió conforme a la ley, Dios lo pone ante los ojos de quienes miran como testimonio, para que, viendo cuán justa y piadosamente vivió, despierte la mirada de su corazón a imitarlo, pues resplandece como de cerca. Y no se tenga por pesada o imposible la observancia de los mandamientos de Dios, puesto que vemos que los guardó un laico y hombre poderoso. Nada

alimenta peor la desidia del alma que esto: que no se piense en el presente en la retribución de las obras buenas o malas que nos aguarda después de esta vida. Contra ello nos advierte la Escritura que en todas nuestras obras nos acordemos de nuestras postrimerías (Eclo 7,36). Así pues, Dios ensalza también en la tierra, delante de quienes lo desprecian, al siervo a quien recompensa en el cielo, para que por lo que se hace por fuera vean por dentro los que desprecian a Dios que no es vano el que sirve a Dios (Mal 3,14), sino que, como él mismo atestigua, a los que lo glorifican, él los glorificará, y los que lo desprecian quedarán en deshonra (1 Sam 2,30). Y como creemos que este hombre de Dios ha sido dado como ejemplo a los poderosos, vean ellos cómo lo imitan, pues lo tienen como a un vecino, salido de su propio estado y puesto delante de ellos; no sea que, como la reina del Mediodía a los judíos, así este los condene en el juicio (Mt 12,42). Por nuestra parte, tomando ocasión de sus hechos, añadimos aquí y allá, donde se presenta la oportunidad, algo para amonestar a esos mismos poderosos, como me lo pedisteis. En efecto, el señor obispo Turpión y el venerable abad Aimón, queridísimo para mí, junto con muchos otros, me obligaron con gran insistencia de ruegos a emprender esta obra. Y cuando alegué la excusa, verdadera, de mi incapacidad, dijeron que eso estaría mal, y que era mejor emprender estas cosas y darlas a conocer por escrito. Yo, en cambio, considerando que a un hombre humilde le cuadra poco un relato pomposo, me he atenido fielmente a lo que

dijeron los testigos. No refirieron muchos de esos prodigios que el vulgo tiene en gran estima, pero sí no pocas cosas de su disciplinado modo de vivir y de las obras de misericordia, que agradan más a Dios. Pues en el juicio el Rey dirá a muchos que profetizaron y a muchos que hicieron obras dignas: No os conozco (Mt 25,12). Pero los que obran la justicia, en la que Geraldo creció en sumo grado, oirán: Venid, benditos de mi Padre (Mt 25,34). Y en verdad, ¿de qué clase son los hechos por los que Job, David, Tobías y muchos otros son llamados bienaventurados, sino como los que consta que hizo Geraldo? Consideradas, pues, así las cosas, me he persuadido a creer que Geraldo es digno de la compañía de los santos, y que por él se digna también el remunerador celestial obrar milagros. Pero, al tejer este prefacio apologético, nos hemos alargado; vengamos ya, en el nombre de Cristo, al comienzo del relato.

LIBRO PRIMERO

I

Geraldo, pues, varón del Señor, era oriundo de aquella parte de las Galias que los antiguos llamaban Céltica, del territorio, a saber, que linda con Auvernia, el Quercy y también el Albigense; nació en la villa o hacienda de Aurillac, de padre Geraldo y de madre Adaltruda. Era tan ilustre por la nobleza de la sangre que su linaje parecía de los más nobles entre las familias de las Galias, tanto por sus riquezas como por la rectitud de sus costumbres. Se cuenta, en efecto, que sus an-

tepasados conservaban la modestia y la religión como una especie de dote hereditaria. De ello hay dos testigos surgidos de la misma estirpe, bien idóneos para probarlo: san Cesáreo, obispo de Arlés, y el bienaventurado abad Aredio. Y como el Señor está con la generación justa (Sal 14,5), y la generación de Geraldo es la de los que buscan al Señor (Sal 24,6), se sigue que la generación de los rectos será bendecida (Sal 112,2). Cuán ricos fueron lo atestiguan las haciendas pobladas de siervos, esparcidas por todas partes, que pasaron a este mismo Geraldo por derecho de sucesión. Pero la nobleza de alma que había recibido de sus padres resplandeció en él muchas veces acrecentada. Pues por una cierta gracia sus padres son más ilustres por haber merecido engendrar un hijo tan dichoso.

II

Su padre, en efecto, se esforzaba tanto en guardarse casto dentro del mismo matrimonio, que a menudo se apartaba del lecho de su esposa y dormía solo, entregándose por un tiempo a la oración, según el Apóstol (1 Cor 7,5). Una noche, según se cuenta, fue advertido en sueños de que se uniera a su esposa, porque iba a engendrar un hijo. Dicen, en efecto, que se le mandó llamarlo Geraldo, con su propio nombre. Se le dijo también que sería de gran mérito. Al despertar, se alegró de la visión. Luego, dormido de nuevo, le pareció que del dedo gordo de su pie derecho nacía un vástago, que poco a poco crecía hasta hacerse un gran árbol y enseguida, desplegando su follaje,

se extendía por todas partes. Entonces, como llamando a unos obreros, mandaba poner debajo puntales de horquillas y pértigas. Y aunque el árbol crecía enormemente, él no sentía peso alguno en el dedo. Las visiones de los sueños, en efecto, no siempre son vanas. Y si hay que dar crédito a un sueño, esta visión parece concordar con lo que había de cumplirse. Se unió, pues, a su esposa, y ella concibió un niño, conforme a lo anunciado en la visión. Pero acaso pueda dudarse de esto, por tratarse de un sueño. Siguió entonces otra señal prodigiosa, esta evidente.

III

Estando su madre próxima al parto, a saber, nueve días antes de que naciera, sucedió que yacía despierta junto a su marido, también despierto. Y mientras conversaban de no sé qué, el niño dio una voz que ambos oyeron. Atónitos, y preguntándose estupefactos qué sería —aunque no podían ignorar que aquella voz había sonado en el seno de la madre—, el padre llama a la camarera y le manda traer luz y buscar de dónde había salido aquel vagido. Como ella, igualmente atónita, asegurara que no había allí niño alguno que hubiera dado aquella voz, el niño sonó por segunda vez. Y tras un breve intervalo sonó también por tercera vez, como suele llorar un recién nacido. Tres veces, pues, se le oyó en el vientre de su madre, cosa tan admirable como a todas luces contraria al curso de la naturaleza. Y como no sucedió por azar, sino por disposición de Dios, que ordena todas las cosas, quizá aquella voz

presagiaba ya que, aun encerrado en esta mortalidad, había de realizar obras de verdadera vida. Pues así como la criatura que vive en el seno materno vive, sí, pero no tiene sentido alguno, así todo el género humano, en esta vida, tras la culpa del primer hombre, está como encerrado en las estrecheces del útero, donde, aunque vive por la fe en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios, no ejerce nada espiritual —como es el ver—, ni la eficacia de los sentidos que tuvo el primer hombre antes del pecado o que reciben los santos después de esta vida, sino de manera débil y penosa. Con razón, pues, sonó Geraldo en el seno de su madre, ya que, ejercitándose por encima del vigor común de los demás en la fe de la Santa Trinidad, significó con aquella vocecita la feliz fama con que había de llenar el mundo.

IV

Nacido ya y destetado, cuando llegó a aquella tierna edad en que suele examinarse el carácter de los niños, despuntaba en él una índole tan agradable que quienes lo observaban con atención conjeturaban que sería un hombre virtuoso. Pues en la primera edad, como vemos a menudo, los niños, incitados por la naturaleza corrompida, suelen enojarse, envidiar, querer vengarse o intentar otras cosas por el estilo. Pero en el niño Geraldo una cierta dulzura de ánimo, junto con el pudor que tanto honra a la juventud, adornaba sus mismos actos infantiles. Por providencia de la gracia divina fue aplicado al estudio de las letras, aunque sus padres solo querían que, una vez

recorrido el salterio, fuera instruido enseguida en los ejercicios del siglo, como es costumbre con los niños nobles. Es decir, que manejara los perros molosos, se hiciera arquero y se acostumbrara a lanzar halcones y azores con el debido impulso. Pero, para que, entregado a una afición vana, no se le pasara en balde el tiempo propio para aprender las letras, dispuso la voluntad divina que estuviera enfermo largo tiempo. Y de tal dolencia, que lo apartaba de los ejercicios del siglo, pero no le impedía el afán de aprender. Pues se le cubría el cuerpo continuamente de pequeñas pústulas, de tal modo que, prolongándose largo tiempo, se creyó que ya no podrían sanar. Por esta causa su padre, de acuerdo con su madre, decide que se aplique con más empeño al estudio de las letras. A fin de que, si resultaba menos apto para los usos del siglo, quedara dispuesto para el ministerio eclesiástico. Así, con esta ocasión, sucedió que no solo aprendió el canto, sino que también gustó las primicias de la gramática. Lo cual le aprovechó mucho después, pues, afilado por aquel ejercicio el filo de su ingenio, se le hizo más agudo para cuanto quería. Tenía además una viva sagacidad de entendimiento, bien dispuesta para aprender lo que quisiera.

V

Pasada la niñez, cuando ya entraba en la adolescencia, el vigor de sus miembros consumió el humor nocivo de su cuerpo. Y se hizo tan ágil que saltaba sobre el lomo de los caballos con un fácil brinco. Y como se fortalecía y se volvía ágil en

fuerzas corporales, se procuraba acostumbrarlo a la milicia armada. Pero la dulzura de las Escrituras había ya tomado en prenda el ánimo del joven, que anhelaba su estudio con mayor afecto. Por eso, aunque sobresalía en los ejercicios militares, atraído sin embargo por el gusto de las letras, en aquellos era lento con una pereza voluntaria, y en la asiduidad de estas estaba bien ejercitado. Creo que ya sentía que, según el testimonio de la Escritura, mejor es la sabiduría que la fuerza (Sab 6,1), y nada hay más rico que ella (Sab 8,5). Y como se deja ver fácilmente por los que la aman, se adelantaba a ocupar la mente del joven, mostrándosele ella primero (Sab 6,12-13), para ser el dulce coloquio de sus pensamientos. Ningún obstáculo, pues, podía ocupar a Geraldo hasta el punto de que no volviera corriendo al amor del estudio. De ahí que llegara a aprender casi por entero la serie de las Escrituras y aventajara en su conocimiento a muchos clérigos, por instruidos que fuesen.

VI

Al morir sus padres y pasar a su dominio todo el poder, Geraldo no se envaneció, como suelen los jóvenes que se ensoberbecen con un señorío prematuro, ni cambió la modestia de corazón que había comenzado. Crecía el poder de su señorío, pero su alma humilde no se volvía en modo alguno insolente. Pero se veía obligado a ocuparse en ordenar y defender los bienes que, como dijimos, había reivindicado por derecho hereditario, y a salir de aquella dulzura del corazón que ya en alguna medida había gustado hacia las amar-

guras de los negocios terrenos. Llevaba a mal abandonar este retiro secreto de su corazón, pero en cuanto le era posible volvía a él. Pero cuando parecía caer, por así decirlo, desde la altura de la contemplación a causa de las ocupaciones terrenas, a la manera del íbice, que al caer se recibe sobre sus cuernos para no morir, así él, volviendo al amor divino o a la meditación de la Sagrada Escritura, escapaba de la ruina de la muerte interior: inspirado ya, a mi parecer, por aquel espíritu de David con que este, ferviente, no concedía sueño a sus ojos hasta que, libre de las ocupaciones del día, hallara en sí mismo un lugar para el Señor (Sal 132,4-5), donde, exultando en secreto bajo su lengua, gustara cuán dulce es el Señor (Sal 34,9). Quizá, según aquello de Job, la roca, que es Cristo, derramaba para él arroyos de aceite (Job 29,6), para que las muchas aguas no pudieran apagar en él la lámpara de la caridad (Cant 8,7). Y anhelaba con ánimo fijo este alimento del corazón, pero los de su casa y sus allegados le exigían que interrumpiera su retiro y se entregara al provecho de los demás.

VII

Admitía, pues, a su pesar, cuidados punzantes a causa de las quejas de los que clamaban a él. Se quejaban, en efecto, los suyos, diciendo con voz lastimera: «¿Por qué un hombre poderoso ha de soportar las violencias de personas ínfimas que saquean sus bienes?»; y añadían que estos, al ver que él no quería vengarse, devastaban con más saña cuanto le pertenecía; que era más santo

y más honroso que reconociera el derecho de la milicia armada, desenvainara el hierro contra sus enemigos y frenara la audacia de los violentos; que era preferible que los temerarios fueran reprimidos por la fuerza de las armas a que los campesinos y los inermes fueran oprimidos injustamente por ellos. Al oír esto, Geraldo, movido no por arrebato sino por la razón, se inclinaba a compadecerse y a socorrer. Y encomendándose por entero a la disposición y a la misericordia divinas, pensaba cómo visitar a los huérfanos y a las viudas, según el precepto apostólico, para guardarse sin mancha de este mundo (Sant 1,27).

VIII

Se ejercitaba, pues, ya en reprimir la insolencia de los violentos, cuidando ante todo con empeño de ofrecer a sus enemigos la paz y la más fácil reconciliación. Lo procuraba para vencer el mal con el bien, o bien, si ellos se negaban, para que la justicia hubiera favorecido ya más plenamente a su causa ante los ojos de Dios. Y algunas veces, en efecto, los aplacaba y los devolvía a la paz. Pero cuando la malicia insaciable de algunos se burlaba del hombre pacífico, entonces, sacando la aspereza de su corazón, quebrantaba las muelas del inicuo para arrancarle la presa de entre los dientes, según aquello de Job (Job 29,17). Pero no lo hacía, como es costumbre de muchos, arrastrado por el ansia de venganza o seducido por el amor de la alabanza vulgar, sino ardiendo de amor por los pobres, que no podían defenderse por sí mismos. Y obraba así para que, si se ador-

mecía en una paciencia inerte, no pareciera haber descuidado el precepto sobre el cuidado de los pobres. Pues manda rescatar al pobre y librar al necesitado de la mano del pecador (Sal 82,4). Con razón, pues, no prestaba su fuerza al pecador. Algunas veces, sin embargo, cuando le apremiaba la necesidad ineludible de combatir, mandaba a los suyos con voz imperiosa que pelearan con las puntas de las espadas vueltas hacia atrás y las lanzas dirigidas al revés. Esto habría sido risible para los enemigos, si Geraldo, fortalecido por el poder divino, no se hubiera vuelto enseguida insoportable para esos mismos enemigos. También a los suyos les habría parecido muy desatinado, si no hubieran comprobado por experiencia que Geraldo, a quien la piedad vencía en el mismo trance del combate, era siempre invencible. Así, cuando veían que triunfaba con un nuevo modo de combatir mezclado de piedad, trocaban la burla en admiración. Seguros además de la victoria, cumplían con presteza lo que mandaba. Pues nunca se oyó que el éxito de la victoria le fallara a él o a los soldados que combatieron bajo su fidelidad. Y también esto consta con certeza: que él nunca hirió a nadie, ni fue jamás herido por nadie. Porque Cristo estaba, como está escrito, a su lado, y, mirando el ojo de su corazón, veía con claridad que por amor a él era tan benévolo que no quería herir a los enemigos mismos, sino solo desbaratar su audacia. Que nadie se escandalice, pues, de que un hombre justo hiciera uso alguna vez del combate, que parece impropio de la religión. Sea quien sea, si juzga la causa con balanza

justa, comprobará que ni siquiera en esto ha de oscurecerse la gloria de Geraldo. Pues algunos de los Padres, aunque fueron santísimos y pacientísimos, tomaban sin embargo varonilmente las armas contra sus adversarios cuando lo exigía la causa de la justicia: como Abraham, que para rescatar a su sobrino derrotó a una ingente multitud de enemigos. Y el rey David, que llegó a dirigir sus legiones aun contra su propio hijo. Geraldo combatía no invadiendo lo ajeno, sino defendiendo lo suyo, o más bien los derechos de los suyos. No ignoraba que el rinoceronte, es decir, cualquier poderoso, es atado con la correa para que quebrante los terrones de los valles (Job 39,10), es decir, a los opresores de los humildes. Ni, como dice el Apóstol, lleva el juez la espada sin motivo, pues es vengador de Dios (Rom 13,4). Era lícito, pues, a un laico puesto en el estado de los guerreros llevar la espada, para defender al pueblo inerme, como a un rebaño inocente, de los lobos de la tarde, como está escrito. Y para reprimir, o por el derecho de la guerra o por la fuerza de la justicia, a quienes la censura eclesiástica no logra someter. No oscurece, pues, su gloria el haber combatido por la causa de Dios, por quien el orbe entero pelea contra los insensatos (Sab 5,20); más bien redunda en su alabanza que siempre venciera abiertamente, sin engaño ni recurso a emboscadas, y que, aun así, estuviera tan protegido por Dios que, como dijimos antes, nunca ensangrentó su espada con sangre humana. Por lo demás, quien a ejemplo suyo tome las armas contra sus enemigos, busque también a ejemplo

suyo no su propio provecho, sino el común. Pues podrás ver a algunos que, por amor de la alabanza o del lucro, se arrojan audazmente a los peligros y soportan de buen grado los males del mundo por el mundo; y cuando les salen al paso sus amarguras, pierden, por así decirlo, los mismos goces que buscaban. Pero lo de estos es otra cosa. La obra de Geraldo, en cambio, es luminosa, porque se mide por la sencillez del corazón.

IX

El antiguo engañador había espiado las costumbres del joven y, barruntando en él algo divino, se encendía de envidia, y por eso se afanaba en abrumarlo con cuantos engaños de tentación podía. Pero él había aprendido ya a refugiarse orando en el regazo de la piedad divina y a rechazar sus ardides por la gracia de Cristo. Y el enemigo, insaciablemente envidioso, habiendo comprobado por experiencia que no podía reinar en él por el deleite de la carne, levantaba contra él, como dijimos, torbellinos de guerras por medio de hombres malvados, para asaltar a través de ellos la ciudadela de la piedad en su corazón, en la que por sí mismo no lograba en modo alguno irrumpir. Pero contra su castidad —para volver a sus años más jóvenes—, que el muchacho amaba con empeño, el astutísimo enemigo se enardecía con la mayor saña. Pues era para él cosa nueva e insólita que un jovencito escapara indemne del naufragio del pudor. Le sugería, pues, con insistencia la lujuria, que es la mayor, o la primera, de sus fuerzas para engañar al género humano.

Y como él la rechazaba por completo, el enemigo se atormentaba, porque no podía hacerla llegar ni siquiera a las puertas de su corazón. Por eso recurre a su viejo engaño y acude al instrumento de seducción con que suelen ser engañados sobre todo Adán y sus descendientes: a la mujer, digo. Le puso ante los ojos, según se cuenta, a una jovencita. Y él, mirando incauto el color de su tersa piel, pronto empezó a ablandarse en el deleite de ella. ¡Oh, si hubiera visto al instante con el entendimiento lo que se ocultaba bajo la piel! Porque, sin duda, nada hay hermoso en la carne sino el afeite de la piel. Apartó él los ojos, pero la imagen que por ellos se había grabado en su corazón permaneció. Y así se angustiaba, se sentía atraído y se abrasaba en un fuego ciego. Al fin, vencido, envía a la madre de la muchacha a uno que le anuncie que vendrá de noche. Siguiendo él al mensajero, se apresuraba violentamente hacia la ruina de su alma. Entretanto, como suelen los cautivos entre cadenas recordar gimiendo su antigua libertad, Geraldo suspira y rememora la acostumbrada dulzura del amor divino. Y aunque con afecto enfermo, rogaba a Dios que aquella tentación no lo devorara por completo. Llega al lugar convenido; entra la muchacha en la casa y, como hacía frío, se puso frente a él junto al fuego; pero la gracia divina había mirado ya a Geraldo. La misma muchacha le pareció de pronto tan fea que no podía creer que fuera la que había visto, hasta que su padre le aseguró que era ella. Entonces él, comprendiendo que no sin disposición divina aquella jovencita no tenía a sus ojos la

misma hermosura, se recogió al punto en la misericordia de Cristo y, suspirando profundamente, montó a caballo con presteza y, sin vacilar, dando gracias a Dios, se apresuró a marcharse a toda prisa. Había caído por azar entonces un frío durísimo, y se dejó helar en él toda la noche, para que la aspereza glacial castigara la tibieza de un pequeño deleite. Y enseguida ordena al padre que la dé en matrimonio. Le concedió la libertad y le otorgó por escritura una pequeña hacienda. Quizá, receloso de su propia fragilidad, hizo que se apresurara su boda. Por eso, a modo de limosna, la dotó con la libertad, para que su matrimonio no se retrasara. Pero tú, que habías de ser cedro del Paraíso, ¿cómo pudiste ser así sacudido? Sin duda, para que aprendieras lo que eras por ti mismo. Pues también aquel patrono tuyo, el príncipe de los apóstoles, a quien después encomendaste tu persona y todos tus bienes, no se habría conocido bastante a sí mismo si no le hubiera sorprendido el trance de la tentación. Ahora, pues, que has experimentado qué es el hombre por sí mismo y qué es por la gracia de Dios, no te desdeñes de compadecerte de la fragilidad de los que te suplican. Sepamos, pues, que no es cosa insólita que los santos sean tentados. Porque nacen con los vicios de la naturaleza corrompida injertos en ellos, para que, donde quiera que luchen, luchando venzan, y venciendo sean coronados. Pero importa mucho quién, acogiendo el deleite del vicio, sucumbe, y quién, resistiéndole, vence y, ocupando más bien su alma con el deleite de las virtudes, rechaza con el antídoto de la oración

piadosa el veneno del deleite perverso que quizá haya probado por un momento. Y este joven, más prudente tras la experiencia del peligro, como quien tras un tropiezo camina sobre suelo resbaladizo, andaba con más cautela, cuidando bien de que sus ojos no anunciaran a su corazón nada por donde la muerte se le colara en el alma por sus ventanas (Jer 9,20).

X

Pero el Señor, dulce y recto (Sal 25,8), que había preservado a su siervo Geraldo del estupro con la dulzura de su piedad, no dejó de castigarlo por su concupiscencia con la censura de su rectitud. En efecto, transcurridos no muchos días, afligió a su culpable con la ceguera de una catarata durante un año y más, para que los ojos que habían mirado lo ilícito no pudieran ver por un tiempo ni siquiera lo lícito. Y eso que ni en sus párpados ni en sus pupilas aparecía defecto alguno. Los de su casa conocían la ceguera, y sus pupilas, al parecer perspicaces, la disimulaban con sumo cuidado ante los extraños. Él, por su parte, humillándose bajo la mano del Señor que lo hería, callaba, como dispuesto a sus azotes. No rechazaba, ciertamente, la medicina corporal, pero tampoco la buscaba con urgencia, esperando con paciencia cuándo o cómo su Señor, cumplida su voluntad de herir, quisiera retirar los azotes. Sabía, en efecto, que todo hijo es azotado (Heb 12,6). El Juez interior purifica ya ahora aun las manchas más pequeñas de sus elegidos, para que no quede en ellos nada que después ofenda sus

ojos. Y por eso le envió este azote, para que su mente juvenil quedara purificada de lo pasado y se conservara más limpia en lo futuro. Así, cuando Dios hubo cumplido en él su voluntad, retiró el azote y devolvió la luz a sus ojos.

XI

Desde entonces, como acrisolados sus sentidos por la aflicción, llevaba una vida muy honesta y seguía el camino de en medio de la discreción, sin inclinarse a ningún lado. Es decir, para no defraudar a los negocios del siglo en lo que les correspondía, ni enredarse con las ocupaciones terrenas apartándose del culto religioso, se rodeaba con más familiaridad de los hombres más honestos y de clérigos de mejor fama, con los que, en casa o fuera, celebraba el oficio divino, o juntos o cada uno por su cuenta. Había llegado un domingo, y él tenía que acudir por compromiso a una asamblea en la que iban a reunirse ciertos nobles. Para que no pareciera que los hacía esperar llegando tarde, procuró madrugar y partir antes de que amaneciera. Evitaba en esto, en efecto, el fasto hinchado, para no mostrarse tardo o difícil con nadie, como es costumbre hoy de algunos que, saliendo como de su tálamo, se entregan a la embriaguez antes de atender a sus amigos, contra aquello de la Escritura que dice: ¡Ay de la tierra cuyos príncipes comen de mañana! (Ecl 10,16). Pero Geraldo no era así. Pues tenía por cosa muy indigna que quien estaba puesto al frente de muchos y era su señor se hiciera esclavo del dominio de los vicios. Iba en ayunas a la asamblea, para

no quedar privado del juicio de la razón con la sobriedad ahogada. Y averiguaba qué era de Cristo, qué era de paz, qué favorecía el bien común. Si después de los laudes nocturnos tenía que partir a alguna parte, seguía la solemnidad de la misa; y así, encomendándose a sí y a los suyos a la clemencia divina, se marchaba. Aquel domingo, en cambio, como había tenido que partir antes del alba, se había quedado sin misa; y cuando esperaba oírla, terminada la asamblea, no fue posible en ninguna parte. Muy afligido, pues, iba de un lado a otro buscando dónde hubiera alguna esperanza de encontrarla. Pero como fue en vano, llama a los clérigos que por casualidad estaban allí, y con ellos a todos los caballeros que sabían los salmos, y les dice: «Es culpa mía que este día santo se nos vaya en vano. Pero hay algo que podemos hacer para alabanza de Dios, para que no parezca que hemos malgastado el día santo». Así habló, y recorrió con ellos el salterio desde el principio, sin pronunciar palabra mortal. Desde entonces se impuso la costumbre de recitar el salterio casi todos los días. Y una vez recorrido, como si se hubiera banqueteado espiritualmente, parecía gozarse, como suele alegrarse alguien cuando ve saciada su ambición.

XII

Parece que vale la pena decir algo sobre su aspecto corporal. Pues aunque la carne no sirve de nada (Jn 6,63), aunque engañosa es la gracia y vana la hermosura (Prov 31,30), como suelen ser para algunos incentivo de lujuria y de soberbia,

hay que alabar en este hombre que fue apuesto y no se ensució en el cieno de la lujuria. Geraldo, pues, era de estatura mediana y, como se dice, todo él euphormis, es decir, bien formado. Y aunque cada uno de sus miembros estaba adornado con su propia belleza, tenía el cuello tan blanco y tan bien formado, como a regla, que pensarías apenas haber visto cosa tan graciosa. La hermosura del alma realzaba la elegancia de su cuerpo. Por eso en su semblante resplandecía la disposición de su corazón. Lo atestigua también la Escritura al decir que la risa de los dientes y el porte del rostro muestran la calidad del hombre interior (Eclo 19,30). Había gustado ya cuán dulce es el Señor, y cuán suave el abrazo del Esposo celestial; y por eso no consentía que la bella figura de su alma fuera mancillada a los ojos de ese Esposo por el halago de la carne. Los suyos solían besarle el cuello con alegría, y no se indignaba con ellos, porque la soberbia, que siempre es intratable, no podía hacerse sitio en él. Era además muy veloz por la agilidad de su cuerpo, y vigoroso por la robustez de sus fuerzas. Lo cual conviene recordar para que se vea cuán digno de alabanza es quien, teniendo materia para ensoberbecerse, se abatió en la humildad. Y, por el contrario, cuán dignos de reproche son los que se hinchan teniendo poco o nada de esto. Pero después de que se aplicó más plenamente a los ejercicios del espíritu, aquella agilidad corporal se marchitó por completo. Era, por otra parte, muy agradable en la conversación ordinaria, y profundo por la agudeza de su consejo al tratar y disponer los asuntos. Y aunque

evitaba las palabras chocarreras, decía las cosas serias de tal modo que también en esto agradaba a los suyos. No era demasiado suelto en proferir amenazas, ni tenaz en guardar las injurias. Pero tampoco era fácil para otorgar cualquier favor, ni mudable para retirar los que había concedido. Y lo que afirmaba, lo cumplía sin falta, a no ser que advirtiera que era pecado.

XIII

Cultivaba de tal modo la sobriedad que guardaba de la embriaguez no solo a sí mismo, sino también a los suyos. Pues sus comensales no eran ni glotones ni bebedores. Nunca obligaba a beber ni siquiera a sus huéspedes, ni él mismo bebía más veces que todos los demás comensales. Así moderaba el banquete, de modo que nadie se levantaba de él ni ebrio ni entristecido. Y aunque algunas veces mandaba dar de comer por la mañana a sus huéspedes, a cuya atención se entregaba por entero, él mismo no comía antes de la hora tercia del día, o en los días de ayuno, antes de la nona. Este príncipe bienaventurado guardaba aquel precepto de la Escritura, como quien come a su tiempo, para reponerse y no para la lujuria (Ecl 10,17). Pues ¿de qué cosa más conveniente podía guardarse que de la embriaguez, que, además de ser muerte del alma y de excluir del reino de Dios, según el testimonio del Apóstol, como el homicidio, se demuestra también muy dañina para el cuerpo? De ahí las quejas por la debilidad de las fuerzas, el temblor de los miembros, el embotamiento de los sentidos y la vejez prema-

tura. La vista, el habla y el rostro quedan afeados, y todo decoro de la religión se corrompe. Nadie, en efecto, puede llenarse a la vez de vino y del Espíritu Santo, y de ningún modo puede defender a Jerusalén del fuego de la fornicación quien no quiera apartar de su asedio a Nabuzardán, el jefe de los cocineros.

XIV

Siempre se disponían asientos para los pobres en su presencia, y algunas veces se les ponían mesas, para que viera por sí mismo qué y cuánto se les daba para comer. No se guardaba un número fijo de los que se recibían, sino que, cuando por ventura había más, con tal que sus personas parecieran aptas para ser recibidas, se los hacía entrar en mayor número. Nadie fue nunca despedido de su puerta sin recibir limosna. Los servidores procuraban que tuviera siempre a mano platos que él mismo pudiera darles. Se traía también bebida, que él examinaba y probaba antes de pasarla, para que ellos bebieran primero; y les daba además la mitad de su propio pan. Creyendo que en ellos recibía a Cristo, y honrándolo reverentemente en ellos, por medio de ellos lo hacía entrar en su casa, a él, cuyo descanso, según el profeta, es dar reposo al cansado (Is 28,12). Mal merman para sí esta recompensa de la hospitalidad quienes, aunque envían la limosna afuera, no hacen entrar a los pobres en su casa. Pues así parecen excluir de sus casas a Cristo, que dice: Era forastero y me acogisteis (Mt 25,35). Y para que su justicia superara la de los fariseos, según el precepto del

Señor, mandaba apartar la novena parte de las rentas de sus tierras. Con ella se alimentaba a los pobres en algunas de sus casas; con ella se les proveía de vestido y calzado. A los que le salían al paso les daba continuamente en secreto, por sí mismo o por medio de un servidor de confianza, las monedas que llevaba con ese fin. Algunas veces, cuando se repartían monedas por alguien, él las recibía junto con los necesitados, gozoso y deseoso de asemejarse a los pobres; pero las daba enseguida, recompensando el pequeño don recibido con un largo rezo del oficio divino.

XV

Durante la comida se guardaba en su presencia una gran reverencia. No prevalecían allí la locuacidad ni la chocarrería, sino que se hablaba de cosas necesarias u honestas, o ciertamente de la palabra divina. Pues en todo tiempo comía una vez al día, salvo quizá en los días de verano, cuando tomaba por la tarde algo ligero o crudo. En su mesa se leía primero largo rato; pero, para acomodarse a los seglares, a veces interrumpía la lectura y preguntaba a los clérigos qué se decía en ella, aunque solo a aquellos que sabía capaces de responder. Criaba, en efecto, a clérigos nobles, a quienes se procuraba con empeño tanto la honestidad de costumbres como la formación del entendimiento. Con los que llegaban a la pubertad se mostraba más austero, diciendo que el tiempo de esa edad es muy peligroso, cuando el muchacho, dejando la semejanza de la voz o del rostro de su madre, empieza a tomar la

voz o el semblante de su padre; y que quien procurara guardarse entonces vencería después con facilidad los incentivos de la carne. Así, cuando aquellos a quienes preguntaba sobre la lectura le rogaban que hablara más bien él, solía al fin exponer lo que le dictaba no una disertación pomposa, sino una docta sencillez. Entretanto, como no faltaban quienes al punto, según suele ocurrir, salían con ocurrencias o bromas, él las reprimía no con indignación mordaz, sino como bromeando a su vez. Pero nunca consentía que la vanidad se prolongara en su presencia. Pues sabía que a todos los cristianos en común se les manda que cada uno coma su propio pan en silencio (2 Tes 3,12). Y al final de la comida el lector reanudaba siempre la lectura. Así pasaba Geraldo la mayor parte de la comida, o hablando de Dios, o hablándole Dios a él por la lectura. Tomen nota de este ejemplo suyo quienes, contra la reprensión del profeta, hacen sonar la cítara y la lira en sus banquetes (Is 5,12). Se gozan en los juegos y se alegran al son del órgano (Job 21,12). No miran la obra del Señor (Is 5,12), porque entre las voces de los que alborotan no oyen siquiera el clamor del pobre. ¿Y qué? Verdad es lo que dijo Cristo, la Verdad: que de la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12,34). De esos que hablan siempre de cosas del siglo y poco o rara vez de Dios, está claro qué aman más o qué abunda en sus corazones. Ojalá, como Geraldo, previeran sus postrimerías y, ya comieran, ya bebieran, lo hicieran todo, según el precepto del Apóstol, para alabanza de Dios (1 Cor 10,31). Tres días por semana, y en todo

tiempo consagrado a la abstinencia, se abstenía de carne. Si en alguno de esos días caía una fiesta anual, dispensaba la abstinencia de modo que en otro día libre se abstenía en lugar del que había dispensado, y además, con ocasión de aquella fiesta, alimentaba a un pobre más de los acostumbrados. Pero si un ayuno caía en domingo, de ningún modo lo dispensaba ni lo dejaba pasar con esa excusa, sino que cumplía la solemnidad del ayuno el sábado anterior. Y si tal régimen le pareciera a alguien impropio de un hombre santo, sepa quien quizá se inquiete por ello que para los limpios todo es limpio (Tit 1,15), es decir, para los que comen sin el vicio de la concupiscencia. Y que el Juez interior no mira la calidad del alimento, sino la necesidad o el apetito con que se toma. Lo prueban con su ejemplo el profeta Elías y Esaú. Le era lícito, pues, a un laico, sobre todo tan justo, usar de lo lícito; lo cual no es lícito a aquellos a quienes su profesión se lo prohíbe. Pues aquel árbol del paraíso no trajo la muerte por ser malo, sino porque se lo tomó con presunción contra la prohibición.

XVI

En cuanto a la ropa, usó siempre vestidos de lana o de lino, no de la manera que ahora han inventado con presunción los hijos de Belial, que en verdad son sin yugo, sino a la antigua usanza, tejidos de modo que ni olieran a pompa afectada ni se tacharan de rusticidad plebeya. Con sedas o ropas preciosas nunca procuró ataviarse más de lo acostumbrado, ni siquiera con ocasión de

alguna fiesta ni en presencia de algún marqués. La correa con que suele ceñirse la espada a los riñones no se cuidaba de cambiarla ni de renovarla en veinte años, si podía durar tanto. ¿Qué diré del tahalí o de los cinturones ostentosos, o de los broches, o de los jaeces de los caballos, cuando él no consentía no ya llevar oro, sino ni siquiera poseerlo? Pues no tuvo el oro por su fortaleza (Job 31,24), ni se gloriaba en la abundancia de riquezas (Sal 49,7), sino en Dios. No como suelen hacer incluso algunos que profesan la vida religiosa, que se afanan con desvergonzado e incansable empeño en adornar el cuerpo, procurando con todas sus fuerzas mendigar de quienes los miran, al menos con la apariencia de un vestido precioso, la reverencia que ellos mismos se quitan con sus costumbres. A estos, sin duda, les convendría más dedicarse al ornato del alma, que podía embellecerse sin cesar.

XVII

Los pobres y los que habían sufrido injusticia tenían siempre libre acceso a él, y no necesitaban llevarle regalo alguno para encomendarle su causa. Antes bien, cada uno alegaba su necesidad tanto más plenamente a sus ojos cuanto más necesitado lo veía él. Ya su benignidad resonaba no solo en las regiones vecinas, sino también en las lejanas. Y como todos sabían cuán bienhechor era con todos, muchos resolvían por medio de él sus necesidades. Y no se desdeñaba de intervenir, por sí o por los suyos, en los asuntos de los pobres y de prestarles su apoyo en cuanto podía.

A menudo, cuando sabía que entre gente enemistada se libraban duras contiendas, el día en que había de ventilarse la causa hacía celebrar misas por ellos. Y a quienes no alcanzaba a socorrer por medios humanos les impetraba el auxilio divino. Y no consentía que ningún señor pudiera quitar los feudos a su vasallo por cualquier arrebato de ánimo; sino que, sacando la causa a la luz, en parte con ruegos, en parte con autoridad, reprimía la agitación del ánimo exasperado. Solo en esto podría pensarse que el vigor de su rectitud se inclinaba hacia un lado. Siempre que un pobre se veía obligado ante otro más poderoso, se esforzaba por sostener al más débil de tal modo que quebrara al más fuerte sin daño suyo. Por lo demás, teniendo verdadera hambre de justicia (Mt 5,6), no consentía que se la vulnerara, ni entre los suyos ni entre los extraños.

XVIII

La sed de justicia, como el hambre, ardía en él con orden. Pues ni la sencillez o la benignidad abandonaban la aspereza del celo, ni la aspereza del celo la benignidad de la sencillez. Así como se dice de Job que era sencillo y recto (Job 1,1), así este hombre, aunque miraba mucho por los pobres, no se adormecía en absoluto para castigar a los culpables, pues no ignoraba que a algunos les es concedido por Dios expiar con un castigo temporal el crimen que no puede quedar impune. Por eso también el rey David, al morir, mandó castigar a Joab y a Semeí. Unos ladrones se habían apoderado de un bosque y cometían

robos y asesinatos contra los viandantes y los vecinos. Al saberlo Geraldo, mandó enseguida gente a prenderlos. Y sucedió que precisamente entonces un campesino había ido a ellos, forzado por el miedo. Los soldados que los apresaron, temiendo que el señor Geraldo los dejara ir o les reprochara presentárselos sin castigo, les sacaron al punto los ojos a todos. Así sucedió que también aquel campesino fue cegado con ellos. Después se retiró a la comarca de Toulouse. Mucho tiempo después, cuando el señor Geraldo oyó decir de él que no había sido cómplice de los ladrones, se entristeció mucho y preguntó si vivía o adónde había ido. Y al averiguar que se había ido a la comarca de Toulouse, le envió, según dicen, cien sueldos, mandando al portador que le pidiera perdón en su nombre.

XIX

Asimismo, cuán clementemente consolaba a los afligidos, o cuánto se compadecía a menudo de los culpables, quede claro con este ejemplo. A un presbítero lo habían maltratado tanto sus vecinos, al crecer un pleito, que le arrancaron los ojos. El señor lo consoló mucho con palabras, exhortándolo a la paciencia. Pero, para que el consuelo de palabras no pareciera escaso, le entregó, por escritura solemne, una iglesia de su propiedad. Había pasado algún tiempo, y uno de los que habían hecho violencia al presbítero fue apresado por los oficiales y encerrado en la cárcel. Y enseguida se lo anunciaron al señor, como a quien había de alegrarse de ello. Él se dirigió al

punto al lugar de la cárcel, como apresurándose con deseo de castigar. Pero habían surgido otras causas que era preciso despachar al día siguiente. Con este pretexto, pues, manda que el reo quede detenido hasta entonces. Pero al atardecer, cuando los oficiales se habían ido a sus casas, ordenó en secreto al carcelero que le diera de comer y de beber. Y que, como estaba descalzo, le diera calzado y lo dejara escapar. Al día siguiente, cuando los asistentes a la audiencia acudían de todas partes al señor, manda traer al reo. Unos que el carcelero había preparado para que hablaran por él anuncian temblando que el reo se ha escapado. Y él, queriendo ocultar lo hecho, hacía como que amenazaba al carcelero. Pero luego dijo igualmente: «Bien está, pues el presbítero ya les había perdonado la ofensa».

XX

En otra ocasión le habían sido presentados dos encadenados, a quienes un gran delito había hecho reos ante él. Los acusadores insistían en que mandara darles muerte al punto en la horca. Él, sin embargo, disimulaba, porque no quería liberarlos abiertamente. Pues en toda obra de piedad se moderaba de tal modo que su misma piedad no pudiera parecer excesiva. Mirando, pues, a los acusadores, dijo: «Si, como decís, deben morir, démosles antes de comer, como dice el dicho popular». Entonces mandó que les trajeran comida y bebida y que los desataran para comer. Y cuando hubieron comido, les dio su cuchillo diciendo: «Id vosotros mismos y traed la vara

de mimbre con que habéis de ser ahorcados». No lejos había un bosque espeso de matorrales. Entrando en él, y como buscando la vara, se adentraron poco a poco en lo más apartado, desaparecieron de repente y escaparon así del trance de la muerte. Los que estaban presentes, entendiendo su consentimiento, no se atrevieron a buscarlos entre la maleza. Por lo que puede conjeturarse de su equidad con las personas, a los reos que se habían dado al mal los castigaba con multas o los marcaba con un hierro candente. Pero a quienes habían cometido algún mal no por malicia habitual, sino de cualquier otro modo, los dejaba ir sin castigo. Nunca se oyó, sin embargo, que en su presencia nadie fuera castigado con la muerte o con la mutilación de sus miembros.

XXI

De sus muchos hechos recordamos, en verdad, solo unos pocos y uno a uno, que pueden bastar para mostrar algunos actos de su piedad que nos constan. Por eso insertamos también cosas mínimas, con las que puede mostrarse su gran celo, como esta: una vez que iba por el camino real, en un campito junto a la vía una campesina guiaba el arado. Le pregunta por qué, siendo mujer, se había atrevido a hacer un trabajo de hombre. Ella respondió que su marido llevaba ya mucho tiempo enfermo, que el tiempo de la siembra se pasaba, que estaba sola y no tenía a nadie que la ayudara. Él, compadecido de su desgracia, manda que le den tantas monedas como días de siembra parecían quedar, para que contratara un

labrador para cada día y ella dejara desde entonces el trabajo de hombre. La naturaleza, como dice Ambrosio, rehúye todo lo fingido, y Dios, su autor, aborrece lo que va contra ella. Esto, pues, es en sí cosa pequeña, pero el afecto de un hombre recto, conforme a las leyes de la naturaleza, la hace crecer.

XXII

Asimismo, otra vez que iba de camino, no lejos de allí un campesino segaba garbanzos. Como los jóvenes que iban delante del señor tomaran de ellos y los masticaran, él, al verlo, lanzó el caballo y llegó a toda prisa hasta el hombre, preguntándole si los muchachos le habían quitado los garbanzos. Y él contestó: «Yo se los di de balde, señor». Y el señor dijo: «Que Dios te lo pague con bien».

XXIII

Semejante es lo que ocurrió otra vez, cuando sus servidores preparaban la comida a la sombra de unos cerezos: las ramitas cargadas de fruta ya madura, que esos servidores habían quebrado antes de que él llegara, se las pagó con dinero en plata al campesino que reclamaba. Quizá diga alguno que estas cosas no merecen contarse; pero con estas pequeñeces mostramos el alma de un hombre temeroso de Dios, para que se entienda indirectamente que quien no despreciaba lo pequeño no podía caer poco a poco en lo mayor

(Eclo 19,1). ¿No fue aprobado por el Señor el afecto de la viuda por sus dos moneditas?

XXIV

Con los que estaban bajo su jurisdicción era tan bienhechor y tan pacífico que causaba admiración a quienes lo consideraban. Pues a menudo le echaban en cara que era blando y tímido, porque se dejaba ofender por personas ínfimas, como si fuera impotente. Y sin embargo no se indignaba ni levemente contra los que se lo reprochaban, como suelen airarse con tanta facilidad los señores. Una vez se encontró con no pocos campesinos que, abandonadas sus tierras de cultivo, emigraban a otra provincia. Cuando los reconoció y les preguntó adónde iban con sus enseres, respondieron que habían sido agraviados por aquel a quien él mismo los había dado en feudo. Los soldados que andaban en torno al príncipe le aconsejaban que los mandara azotar y los obligara a volver a las casuchas de donde se habían ido. Pero él no quiso. Pues sabía que su Señor y el de ellos era uno solo en el cielo, y estaba acostumbrado más bien, según el Apóstol, a dejar las amenazas (Ef 6,9), como quien no solía alzar la mano de su poder contra el huérfano (Job 31,21). Así pues, los dejó ir adonde creyeran más conveniente, y les dio licencia para establecerse allí. En cuanto a lo que hace poco oí, no sin vergüenza, a cierto charlatán, a saber, que nunca solía perdonar al deudor lo debido por una prenda, es completamente falso, como atestiguan quienes vieron muchas veces que perdonaba no

solo el aumento de la prenda, sino incluso la deuda principal.

XXV

Sus gentes del campo, en efecto, o los clérigos, que lo amaban con afecto como a un padre, le llevaban a menudo panecillos de cera, que él recibía como si fueran grandes regalos, dando muchas gracias. Pero no permitía que nada de aquella cera ardiera para su uso, sino que mandaba encenderla toda en luminarias ante el altar o ante las santas reliquias, que también hacía llevar consigo. Y cuando por ventura faltaba la cera traída de otra parte para su servicio, los camareros preparaban ante él, y para sus propias tareas, cortezas de abedul o teas de pino. Pero si él cuidaba con tanto empeño de que los regalos que se le daban gratuitamente no se usaran para fines privados, ¿cómo habría de seguirse que exigiera los cobros de las prendas sin indulgencia? Al contrario, perdonaba a menudo espontáneamente a los deudores lo que se le debía en justicia. También, según el precepto del Apóstol, dejaba las amenazas con sus siervos (Ef 6,9). Pues a veces sufría el fraude y, como dice el mismo Apóstol, aceptaba el despojo de sus bienes (Heb 10,34).

XXVI

Para que se compruebe con un ejemplo: una vez entró un ladrón de noche en su tienda, cuando, como de costumbre, ardía un cirio delante de su lecho, y el señor estaba por ventura despierto.

Solía, en efecto, en su lecho, alimentarse del amor y la dulzura de Cristo por el ejercicio de la oración. El ladrón, recorriéndolo todo con mirada curiosa, examinaba si veía algo que pudiera llevarse. Por casualidad se fija en un cojín que tenía funda de seda. Extendió la mano y lo atraía hacia sí. Entonces el señor dijo: «¿Quién eres tú?». El ladrón se asustó y vacilaba, aturdido. Entonces él le dijo: «Haz lo que haces, y vete con cuidado, no sea que alguien lo note». Así persuadió al ladrón a marcharse libremente con lo robado. ¿Quién, sino Geraldo, habría obrado así? Ciertamente me parece que esto es más digno de admiración que si hubiera hecho que el ladrón se quedara rígido como una piedra.

XXVII

Cuánto se esforzó en guardar lo que manda el Apóstol: No defraudes a tu hermano en los negocios (1 Tes 4,6), se verá igualmente por el ejemplo que sigue. Una vez, volviendo de la ciudad de Roma, al pasar por Pavía, acampó no lejos de allí. Los venecianos y otros muchos, al saberlo enseguida, salieron al punto a su encuentro. Pues era ya muy conocido en todo aquel camino, y famoso entre todos por su religión y su largueza. Así, mientras los mercaderes, como acostumbran, corrían entre las tiendas preguntando si alguien quería comprar algo, algunos de los más respetables llegaron a la tienda del señor y preguntaban a los servidores si acaso el señor conde (así lo llamaban todos) mandaría comprar paños o especias. Entonces él los llamó y les dijo: «Lo que me agradó lo compré

en Roma; pero me gustaría mucho que me dijerais si negocié bien». Entonces manda traer a su presencia los paños comprados. Uno de ellos era preciosísimo. Un veneciano, al verlo, pregunta qué se había dado por él. Y cuando supo el precio pagado, dijo: «Verdaderamente, si estuviera en Constantinopla, valdría allí todavía más». Al oírlo, el señor se asustó, horrorizado como ante un gran crimen. Y después, cuando se encontró con unos romeros conocidos suyos, les confió tantos sueldos como el veneciano había dicho que valía el paño por encima del precio pagado, indicándoles dónde encontrarían al vendedor. En verdad, aunque los hombres suelen compungirse por otras clases de pecado y pensar en enmendarse, rara vez, o mejor dicho ni siquiera rara vez, verás a alguien, fuera de Geraldo, que se duela de haber faltado en esta clase de pecado. Pero él sabía sin duda que Dios es ofendido por todo pecado, y no quería ofender ni en lo mínimo a quien amaba con todo su corazón.

XXVIII

Sin olvidar que la justicia de los cristianos debe superar la justicia de los fariseos, después de diezmar con toda exactitud todas sus cosechas, mandaba guardar aparte también la novena parte, para repartirla en las diversas necesidades de los pobres. De ella, cuando la necesidad lo exigía, se compraban vestidos para los pobres que llegaban en diversos tiempos. Además llevaba siempre consigo monedas, que daba a los necesitados que le salían al paso tan a escondidas como podía,

por sí mismo o por alguno que estuviera en el secreto. Y aunque las rentas de sus campos y viñas eran harto abundantes, nunca se oyó que sus administradores hubieran prestado nada; ni él mismo compró jamás hacienda alguna, salvo un campito que por ventura estaba metido dentro de una posesión suya; cuando todos los ricos suelen arder con vehemencia en este afán, olvidados de la terrible amenaza del profeta, que dice: ¡Ay de los que juntáis casa con casa y añadís campo a campo! (Is 5,8). Pues Geraldo, según el precepto del Evangelio, estaba contento con su paga. Y así como él no hacía extorsión a nadie ni denunciaba falsamente (Lc 3,14), así el Señor, que dispone todas las cosas, guardaba a salvo de los impíos y de los usurpadores lo que le pertenecía. En efecto, tenía bajo su dominio tantas haciendas en diversas provincias que, por esos mismos lugares de que estaba colmado, podía llamársele verdaderamente rico. Y sin embargo la multitud de sus posesiones no lo engreía, porque, como dice el salmista, nada quería sobre la tierra del Señor (Sal 73,25). Y el Señor, sin duda, le añadía todas estas cosas, porque él le buscaba el reino de Dios, que es lo primero (Mt 6,33). Tanto, en efecto, había prosperado por don de Dios, y tan protegido e indemne había permanecido, que parece convenirle aquello de Job: Tú lo has cercado, y su hacienda ha crecido en la tierra (Job 1,10).

XXIX

Para que quede claro cómo solía vencer el mal con el bien, según el precepto apostólico (Rom

12,21), recuérdese como ejemplo este hecho suyo. Cuando, de regreso, llegó al paso de Piacenza, se presentó un clérigo que estaba al frente del paso. Pues, como es costumbre allí, esperaba de los romeros un pasaje muy lucrativo. Este, movido a cólera por no sé qué motivo, lanzaba palabras de indignación, hasta el punto de provocar con injuriosos reproches al obispo de Rodez y a otros nobles. El varón del Señor, que por ventura estaba enfrente, temiendo que se armara un tumulto, contuvo a sus compañeros de viaje para que no respondieran con dureza. Al clérigo lo desarmó con palabras suaves y le dio algunos regalillos. Y él, viendo con qué facilidad había contenido con una palabra al obispo y a los demás para que no respondieran a las injurias, y con qué suavidad lo había hecho volver en sí, le preguntó quién era. Cuando él respondió que era aquitano y persona de poca monta, el clérigo, considerándolo tanto por su semblante como por su hablar, se rindió por completo a su favor, perdonó a todos los de su comitiva cuanto se debía por el pasaje, y llenó de vino tanto sus frascos y odres como los de los demás. Pues el señor tenía por don divino que tanto él como su palabra fueran gratos. Y no solo para cualesquiera otras personas, sino también para los mismos magnates. Más aún, siempre fue querido y reverenciado por los reyes.

XXX

Con razón era amado por todos, pues él amaba a todos. Contemos, pues, lo que hizo con un fugitivo, como si se tratara de un amigo. En

aquel mismo viaje, en efecto, dio con ese fugitivo, que algunos años antes se había marchado de su villa. Entre las gentes con quienes vivía se le tenía incluso por hombre importante y rico. Los servidores del señor Geraldo, al encontrarlo, lo llevaron ante él tembloroso y asustado. Él le preguntó aparte cómo le iba. Y cuando supo por él que en aquel lugar se le tenía en no poca honra, le dijo: «Tampoco yo te deshonraré». Entonces mandó a los suyos que nadie descubriera lo que aquel había sido en su tierra. Luego, a vista de sus vecinos, le dio algunos regalillos, lo honró de manera muy señalada en la conversación y en la mesa, y lo despidió en paz. ¿Quién, sino Geraldo, haría esto? Pero lo hizo quien no era esclavo de la avaricia, sino que se había consagrado por entero a la misericordia.

XXXI

Asimismo, en el mismo viaje, un hombre de la región de Bourges se había roto la cadera no lejos de Roma. Abandonado por los suyos, se había quedado solo con su esposa. Un tal Bonifacio, uno de los caballeros del señor Geraldo, lo encontró por casualidad y, al oír su necesidad, lo llevó al señor Geraldo diciendo: «Mira, señor mío, conforme a tu deseo he encontrado algo que te traigo y que te ha de agradar: he aquí un hombre necesitado de consuelo». El varón del Señor lo acogió gozoso bajo su protección y lo llevó, bien sustentado, hasta la villa de Brioude. Entonces le dio además diez sueldos, para que tuviera con qué valerse hasta llegar a los suyos. Estos hechos y

otros semejantes atestiguan el afecto compasivo que la inspiración divina le infundía con largueza.

XXXII

Pero sepamos que es preciso que la mies de trigo crezca con la cizaña, y que entretanto la paja, que está encima, oprima el grano de trigo; y por eso convino que el malvado Caín ejercitara la paciencia del justo Abel. También Geraldo, para que se mostrara, como Job, hermano de los dragones y compañero de los avestruces (Job 30,29), fue a menudo hostigado por algunos de las provincias. Pues, muy perturbado ya el estado del reino, la insolencia de los marqueses había sometido a su dominio a los vasallos del rey. Ya se había comprobado, pues, por la experiencia de muchos casos que, como está escrito, el Omnipotente estaba contra los enemigos de Geraldo. Tan invencible les parecía que el mal que tramaban contra él recaía más bien sobre ellos mismos, como está escrito: El que cava una fosa a su prójimo caerá él primero en ella (Prov 26,27). Guillermo, duque de los aquitanos, hombre bueno y digno de alabanza en muchas cosas, cuando al fin llegó a ser muy poderoso, procuraba, no con amenazas sino con ruegos, que Geraldo dejara el servicio del rey y se encomendara a él. Pero él, apoyado en el favor del conde que hacía poco había obtenido, de ningún modo consintió. Le encomendó, sin embargo, a un sobrino suyo llamado Rainaldo, con un gran número de caballeros. Y el mismo Guillermo no se indignó en absoluto con él, pues no olvidaba que su padre Bernardo, por amor, lo había encomen-

dado siendo aún jovencito al señor Geraldo. Y por eso siempre lo honraba con muy dulce trato y con gran veneración. Cuando algún asunto apremiaba, venía a conversar con él. Y a veces Guillermo, deleitado por la suavidad de aquel hombre tan amable, le pedía con instancia que se quedara más tiempo con él. Y con frecuencia, cuando salía a sus asuntos, le hacía acompañarlo largo trecho.

XXXIII

Sucedió una vez, por exigirlo las circunstancias, que Geraldo pasó largo tiempo con él en una región a la que Guillermo había ido en son de guerra. Entretanto, todas las provisiones traídas en las acémilas de Geraldo se fueron agotando poco a poco. Y el ejército, entregado al pillaje, devastaba toda aquella región, como persiguiendo a los enemigos de Guillermo. Por eso los habitantes, temiendo por sí, abandonaban sus bienes y huían, y no se podía encontrar a nadie que vendiera víveres a sus servidores. Así, como no encontraban nada que comprar y no se les permitía tocar nada del botín, padeció no poca penuria en aquella expedición. Pues no consentía recibir nada de los que saqueaban, no fuera que, participando con ellos, se hiciera cómplice de su pecado. Pero soportó la compañía de su amigo, y, aunque afligido, no lo abandonó. Algunos se reían de que, mientras los demás se regalaban con el botín, él y los suyos pasaran necesidad. Pero muchos que tenían más sano entendimiento lo llamaban bienaventurado, gimiendo hondamente por no ser capaces de imitarlo. En fin, desde entonces

mereció este sobrenombre, de modo que todos en común lo llamaban Geraldo el Bueno.

XXXIV

Era tenido en tanta estima por el mismo Guillermo que este quería darle a su hermana en matrimonio, y su madre Ermengarda lo deseaba vivamente, pues amaba a este hombre con piadoso afecto. Pero Cristo, hijo de la Virgen, le había hecho dulce desde hacía tiempo el amor de la castidad, que él había abrazado desde su primera edad tan estrechamente que no consintió ser arrancado de ella ni siquiera ante la perspectiva de un enlace tan excelso. Cuánto aborrecía la inmundicia de la carne puede advertirse en que nunca padecía una polución nocturna sin dolor. Pues siempre que le ocurría durmiendo aquel infortunio de la condición humana, un camarero de su confianza le llevaba aparte, a un lugar adecuado, ropa de muda siempre preparada para ello, una toalla y una vasija de agua. Cuando él entraba —pues no consentía que lo vieran desnudo—, aquel servidor se retiraba al punto cerrando la puerta. Así huía de la mancha del cuerpo este cultivador de la pureza interior, que esa sola mancha, que le sobrevenía durmiendo, la lavaba no solo con baños, sino incluso con lágrimas. Quizá pareciera necia esta conducta suya, pero sin duda solo a aquellos cuya mente cenagosa exhala la inmundicia de los vicios. Los cuales, aunque se ensucian por naturaleza o por voluntad, se desdeñan sin embargo de lavar por sí mismos sus inmundicias. Pero Geraldo sabía

que está escrito: Guarda tu corazón con toda vigilancia (Prov 4,23). Y también: El que desprecia lo pequeño caerá poco a poco (Eclo 19,1). Quisiera que ponderaras cuánto ha de estimarse que, entre las riquezas del mundo y puesto en la cumbre terrena, guardara la castidad. ¿Qué cosa más magnífica podía hacer? No busques nada mayor ni más excelente. Pues, como afirma el bienaventurado Martín, nada es comparable a la virginidad.

XXXV

También el conde Ademaro insistía vivamente en someterlo a su dominio, cosa que de ningún modo pudo arrancarle. Pues no consintió en encomendarse no solo a ese Ademaro, sino ni siquiera al duque Guillermo, que entonces gozaba de mayor abundancia de bienes. Creo que este hombre tenía presente a Mardoqueo, que desdeñó someterse al soberbio Amán y tributarle el honor concedido por Dios a los reyes. Pero cuando, ligado en amistad con Guillermo, parecía tener paz, Satanás, para que no le faltara persecución a un hombre que vivía en Cristo, instigó contra él al susodicho conde Ademaro. Pero este, aunque lo acometió con muchas y diversas tentativas, no pudo someterlo. Sucedió, en efecto, una vez que pasaba la noche en un prado con unos pocos caballeros, cuando Ademaro, enviando un explorador, supo con certeza dónde estaba y con cuántos. Muy alegre por haber hallado ocasión propicia para apresarlo, reunió una tropa de hombres armados y dirigió su hueste al lugar.

Geraldo, tendido en una parte del prado, dormía, según se cuenta, con todos los suyos. Pero el que guarda a Israel no dormitaba en modo alguno para aquel hombre inocente (Sal 121,4). Pues, así como se escribe del profeta Jeremías que el Señor lo escondió (Jer 36,26), así también a este lo ocultó Dios, de modo que, aunque recorrieron todo el prado en derredor y lo atravesaron de nuevo por en medio, no pudieron en modo alguno encontrarlo. Entonces Ademaro, frustrado su intento, se retiró, doliéndose de que su maldad hubiera sido burlada. Pero el justo, como está escrito, con manos limpias añadió fortaleza (Job 17,9), la fortaleza de la alabanza en el Señor.

XXXVI

Asimismo, los secuaces del conde Ademaro se apoderaron de un castillo suyo. Al saberlo Geraldo, tomó consigo a los pocos caballeros que por ventura estaban entonces con él y se apresuró hacia la plaza. Ademaro, por su parte, se disponía a seguir a los invasores de la plaza con una fuerte hueste. Pero, cuando no estaban lejos, como Geraldo se había adelantado a sitiar el castillo, detuvo a su ejército, que volaba, diciendo: «Hemos de averiguar con qué multitud de combatientes se protege Geraldo, puesto que se ha atrevido a adelantársenos para sitiar la plaza. Pues no se habría precipitado en este peligro si no estuviera rodeado del auxilio de una multitud de campesinos». Así habló, y envió jinetes veloces a averiguarlo. Había caído ya la noche; los exploradores se apresuran sin tardanza y escudriñan con cuidado

cómo es el campamento de Geraldo. Y, como suele ocurrir de noche, al divisar de lejos, con vista incierta, unas piedras blanquecinas, creyeron que eran las tiendas de los sitiadores. Al punto, pálidos y aterrados, vuelven corriendo a Ademaro y declaran haber visto una ingente multitud de campamentos. Habían vuelto, en efecto, por casa de una señora, a quien contaron lo mismo; y por ella llegó después a conocimiento del varón de Dios eso mismo que habían visto los exploradores. Así Ademaro, quebrantado por disposición divina, regresó a su tierra con su ejército. Al día siguiente, los invasores del castillo, sabiendo que Ademaro no vendría en su ayuda, piden la paz a Geraldo, rogándole que los dejara retirarse sin deshonra. Y eso se lo concedió al punto Geraldo, el varón de Dios. Pero sus caballeros, encendidos de ánimo, llevaban a mal que no se los despojara al menos de sus armas. Prevaleció, sin embargo, la piedad de Geraldo, que los obligó a quedarse quietos y dejó paso a los enemigos, que huían por un callejón. Más aún, apostó a dos de los suyos armados, uno a cada lado, para que cuidaran de que nadie se atreviera a arrebatar nada de los enseres de los que salían. Así triunfó Geraldo, expulsando a los enemigos sin derramar sangre. Así Cristo, a su manera, ennobleció más gloriosamente a su soldado por medio de la misma adversidad.

XXXVII

Godofredo, el conde de Turena, reunió una vez una tropa de caballeros y se apresuraba a provocar en combate a este varón de Dios o a devastar

lo que le pertenecía. Pero sucedió que fue herido con la misma espada con que se había armado, de modo que no pudo en modo alguno terminar el camino emprendido. Al fin, comprendiendo que había sido herido por la injuria hecha al varón de Dios, desistió de su malicia, viendo que con razón le convenía aquello de Moisés: Huyamos de Israel, porque el Señor pelea por ellos contra nosotros (Éx 14,25).

XXXVIII

Asimismo, el hermano del susodicho Ademaro se introdujo a escondidas en la plaza que domina el monasterio. Pero como ya había aprendido por la experiencia de otros que Geraldo, peleando Dios por él, siempre prevalecía sobre sus enemigos, no se atrevió a quedarse allí. Con todo, llevándose cuanto pudo, huyó a toda prisa. Y no mucho después, al reprenderle unos hombres honrados por aquel crimen, lo devolvió todo y, presentándose al varón de Dios, le pidió perdón por su temeridad. Pues gozaba ya de tanta reverencia entre todos los que lo conocían, que quien le hacía daño estaba seguro, como si hubiera cometido un sacrilegio, de que no le saldría bien. Y aunque los hijos de las tinieblas inquietaban al hijo de la luz con lo que hemos recordado y con otras muchas cosas, él no dejaba de proteger a los pobres dondequiera que podía. Pues perdonaba tan fácilmente a quienes le hacían daño, que pensarías que él estaba más dispuesto a perdonar que ellos a reconciliarse. La causa de los pobres le pesaba siempre más, porque su alma se compa-

decía de ellos, y podía descuidar más fácilmente su propia causa que la de ellos. Pues como un médico muy experto que, yaciendo herido, se esfuerza por curar las heridas de los demás, así él, aun mientras era agraviado, no dejaba de proteger a los desvalidos.

XXXIX

Era tan invencible para sus enemigos que el mal que tramaban contra él recaía más bien sobre ellos. Lo prueban algunos de los hechos referidos antes y el ejemplo presente. Adalelmo, hermano del conde Ademaro, además de aquella injuria que había hecho al señor Geraldo cuando invadió el castillo de Aurillac, injuria que él le había perdonado de buen grado, seguía enfurecido en su malicia y se empeñaba tenazmente en dañar al santo varón. Así pues, reuniendo una tropa de secuaces, intentó irrumpir en el castillo donde el señor Geraldo asistía por ventura en aquel momento a la solemnidad de la misa. Pero los que estaban fuera, al verlo de lejos venir precipitadamente, cerraron de pronto la puerta. Y al levantarse en el castillo el estrépito de los que gritaban, los caballeros que estaban en misa con el señor querían salir de un salto. Pero él los contuvo con sus palabras, y de ningún modo les permitió salir hasta que se terminara la obra de Dios. Entretanto, los secuaces de Adalelmo, rondando el recinto del castillo, solo encontraron siete caballos, y se los llevaron. Y enseguida, viendo que habían irrumpido en vano, avergonzados, comenzaron a volverse. Se cuenta que el varón del Señor, rete-

niendo a sus caballeros, tomó el salterio, subió presuroso sobre la puerta y cantó al Señor no sé qué de los salmos. Y el tirano que había hecho entristecerse el corazón del justo (Ez 13,22) no pudo de ningún modo volver alegre. Voy a contar cosas admirables y casi increíbles, si no las atestiguara un testigo bien idóneo. Pues de sus caballos murieron cerca de sesenta en breve espacio de tiempo. Y Adalelmo, pasados catorce días, murió de manera tan terrible que un violento torbellino dejó al descubierto todo el lugar donde yacía. Lo atestigua Adalberto, que estuvo presente, aquel monje que suele predicar la palabra de Dios al pueblo en Limoges. Custodiaba, en efecto, en Turena el tesoro de san Marcial, que había sido llevado allí tiempo atrás por miedo a los paganos. Y los que se habían llevado los caballos, viendo lo que había sucedido, se los devolvieron al hombre de Dios.

XL

Algunas veces se veía obligado, a su pesar, a desplegar la fuerza de su poder y a doblegar por las armas la cerviz de los malvados, como sucedió con un hombre pésimo llamado Arlaldo. Tenía este una pequeña plaza llamada San Sereno, desde la cual, saliendo como lobo de la tarde, hacía incursiones contra la gente del señor Geraldo. Él, por su parte, hablaba en paz con el que odiaba la paz (Sal 120,7), y hasta le daba algunos regalillos y armas propias de soldados, para amansar con beneficios sus costumbres feroces. Pero el hombre necio y brutal, atribuyéndolo no a la

piedad sino a la cobardía, se ensañaba con más audacia contra aquella gente. Al fin, pues, Geraldo, considerando que la locura de aquel necio no podía frenarse sin azote, reunió una tropa de caballeros y marchó contra el castillo. Y con un increíble golpe de victoria sacó a aquella bestia de su aposento sin que nadie muriera. Y cuando estuvo ante él lleno de confusión, le habló no con afrenta, sino razonando con él cuanto convenía. Cuando él, temblando, respondió con palabras humildísimas y suplicantes, el varón del Señor le dijo: «Ya ves que has comprobado que no puedes resistirme con tus fuerzas; guárdate, pues, de enfurecerte, guárdate de seguir obrando el mal, no sea que recaiga con más peso sobre tu cabeza. Y a ti mismo —dijo— te dejaré ir de tal modo que no me cuidaré de recibir de ti ni rehén ni juramento alguno. Ni permitiré que se tome nada de tus enseres, ni siquiera en compensación por el pillaje que sueles hacer». Así dejó ir a aquel hombre escarmentado, y él se guardó bien en adelante de atreverse a dañar a la gente de Geraldo.

XLI

Ya, como dijimos antes, sus adversarios cesaban, sobrecogidos por el temor de Dios. Pues aunque, a ejemplo de Job, fue hermano de los dragones y compañero de los avestruces, las bestias del campo estaban en paz con él (Job 5,23). Pues aunque su alodio comenzaba en Postomia, y desde allí sus grandes fincas se sucedían unas a otras de tal modo que, hasta el gran monte Greo, podía, a la ida y a la vuelta, alojarse siempre en capillas

propias, no necesitaba encomendar ninguna villa a la custodia de algún poderoso, salvo una sola pequeña hacienda llamada Taladiciacus. Estaba, en efecto, aislada entre vecinos pésimos, muy apartada de las demás. Respecto de ella, sus oficiales le hicieron, contra su voluntad y a su pesar, encomendarla a la custodia de un tal Bernardo. Lo cual él soportaba con paciencia y hasta con cierta alegría, diciendo: «Bien me ha sucedido, para que aprenda que es mejor confiar en el Señor que en el hombre (Sal 118,8)». Nos ha placido recordarlo para que quede claro que, siempre que Dios permitía que sucediera algo para probarlo, él no lo convertía en tristeza, sino en humildad. Con lo cual se demuestra también que este hombre vivió de la fe, pues sabía que todo está sujeto a la disposición divina, y no ignoraba que, como está escrito, nada en la tierra sucede sin causa (Job 5,6).

XLII

He aquí que hemos expuesto algunos de sus hechos exteriores y de su trato ordinario, por los que se ve con toda facilidad que este hombre fue cultivador de la justicia y que, según el precepto apostólico, vivió sobria, piadosa y justamente (Tit 2,12). Puesto que se ejercitó sin tacha en los mandamientos del Señor (Lc 1,6), no debe parecer increíble que el mismo Señor engrandezca con él su misericordia. Por eso exhortamos a aquellos a quienes parece increíble todo lo que la fama difunde ahora de este santo varón a que revisen su causa con más cautela y diligencia. Pues si parece

un obstáculo que fuera poderoso en el siglo, ha de considerarse que es virtud mayor y más digna de alabanza haber tenido materia para ensoberbecerse y, sin embargo, haber abatido humildemente la cumbre del poder. Porque no hay poder que no venga de Dios (Rom 13,1). Y él, según la Escritura, no desecha a los poderosos, siendo él mismo poderoso (Job 36,5). Aunque, pues, estuviera encumbrado en la gloria del siglo, no debe parecer increíble que Dios glorifique a quien lo glorificó a él guardando sus mandamientos. ¿No fueron poderosos y guerreros el rey David, Ezequías y Josías? También en tiempos más recientes se ha oído de algunos, como Osvaldo, rey de los ingleses, a quienes Dios glorifica con señales porque ellos procuraron glorificarlo guardando sus mandamientos. En fin, en cada una de las edades de esta vida la dignación divina obra muchas cosas que sirven de estímulo a la religión pisoteada y olvidada. Por eso dice el Apóstol que Dios no deja ninguna época sin testimonio de sí. Lo cual sucede a veces incluso por medio de ingratos, como bajo Moisés se obraron muchas señales entre aquellos de quienes está escrito que la mayoría de ellos no agradó a Dios (1 Cor 10,5). Y testigos veraces e idóneos afirman algunas cosas apenas creíbles, como el bienaventurado Jerónimo cuenta de un hombre en otro tiempo violento y ladrón que, convertido después a Cristo, hizo que el sol se detuviera largo rato para terminar su camino, y luego entró corporalmente adonde estaban sus discípulos con la puerta cerrada. Si, pues, Dios, que hizo maravillas con los padres, se digna tam-

bién en nuestros tiempos, para resucitar el afecto de la religión pisoteada, obrar señales por medio de un hombre que, como en los días de Noé, fue hallado justo, no debe parecer increíble. Más bien ha de ser glorificado él, que, sin dejar ninguna época sin testimonio de su bondad y acordándose de su promesa, no deja de hacer el bien a su pueblo (Jer 32,40). En cuanto a los hechos que realizó este varón después de entregarse por entero al servicio divino, reservando lo que de ellos ha de decirse para el libro siguiente, terminemos aquí este en el nombre de Dios.

Prefacio al libro segundo

A quienes disputan temerariamente sobre los méritos del señor Geraldo puede bastarles considerar y examinar la calidad de su vida. Pues, como sentados en un tribunal, deciden si debe ser santo o no; siendo así que esto está sujeto al juicio divino, por el cual muchas veces se obran señales incluso por medio de réprobos para provecho de los buenos. Bástenles, pues, el testimonio de los milagros que Cristo se digna obrar por él, tanto mientras vivía como después de su muerte. En cuanto a los que se glorían diciendo que Geraldo fue poderoso y es santo, les aconsejamos que no se aplaudan por ello, porque, si no son pobres de espíritu (Mt 5,3) y, como él, no sazonan su poder con la religión, su casa no podrá ser humilde. Antes bien, comparados con él quedarán convictos de que pudieron vivir justamente del mismo modo, pero no quisieron; y a los comilones y bebedores —por hablar de algunos que profesan la vida religiosa—, que, fingiéndose excusas para sus pecados, suelen decir entre copas que Geraldo comía carne y es santo, su propia profesión los convence manifiestamente. Pues al laico le son lícitas muchas cosas que no le son lícitas al monje. Adán fue condenado no porque el árbol del paraíso fuera malo, sino porque obró con presunción contra la prohibición. Geraldo, en efecto,

usaba lícitamente lo concedido a su estado, pues se abstenía de lo ilícito y comía con los pobres. Sabía, en efecto, que el vino fue creado para la sobriedad. Pues también Elías fue alimentado con carne, y fue digno de ser trasladado al paraíso. Pero por la concupiscencia que instiga a algunos, Esaú perdió su primogenitura por un plato de lentejas. Así pues, una cosa es lo de Geraldo y otra lo de estos. Y los que deliran diciendo que no se le puede llamar ni mártir ni confesor sepan que puede llamársele ambas cosas, y no solo a él, sino a todo el que, resistiendo a los vicios, lleva la cruz, o glorifica a Dios obrando el bien. Dios, en efecto, es confesado con hechos, como atestigua Juan: En esto sabemos que lo conocemos: si guardamos sus mandamientos (1 Jn 2,3); y también con hechos es negado, como dice el Apóstol de algunos: Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan (Tit 1,16). Así pues, como el confesor recibe su nombre de confesar, y Dios es negado o confesado con hechos, Geraldo puede llamarse confesor con tanta más razón cuanto más justos fueron los hechos con que confesó a Dios. Y los que, a la manera de los judíos, buscan señales, ¿qué hacen de Juan Bautista, de quien no se lee que hiciera ninguna señal después de su nacimiento? Pues aunque en este no faltan en absoluto milagros, respondemos solo esto: que, como no puso su esperanza en el dinero ni en los tesoros, hizo maravillas en su vida, como está escrito (Eclo 31,8-9).

LIBRO SEGUNDO

I

El atleta de la milicia celestial, combatiendo largo tiempo en la palestra de la vida mundana, desbarató varonilmente las huestes de los vicios. Y entonces, manteniendo la palabra de vida en medio de una generación perversa (Flp 2,15-16), resplandecía como una lámpara. Y como convenía que fuera probado en lo oculto de la tempestad (Sal 81,8), el maligno enemigo intentaba sofocar esta lámpara con cuantos engaños podía, tanto por sí mismo como por sus secuaces. Pero, así como la llama agitada por los vientos suele encenderse con más fuerza, así la chispa del amor divino, que ardía en el pecho de Geraldo desde niño, no podía ser apagada por ninguna lluvia de tentación. Antes bien, al madurar ya su edad, reprimidos poco a poco los vicios, crecía cada día en virtudes, más robusto que él mismo. Ya disponía en su corazón subidas (Sal 84,6); ya se elevaba, según aquello del profeta, sobre las alturas de la tierra (Is 58,14). Podías ver la aurora de su santidad aclararse en día de fiesta; podías ver el lirio crecido entre espinas (Cant 2,2), y cuanto más cerca estaba de la madurez, tanto más ampliamente desplegaba las flores abiertas de sus virtudes. Así pues, como situado en la cumbre de las cosas, había fijado el afecto de su alma en aquella bienaventuranza celestial. Y como, por el deseo celestial, una luz interior lo iluminaba, era capaz de discernir las tinieblas de la concupiscencia mundana. ¿No he de llamar tinieblas a la concupiscencia terrena, que ciega a los amadores del mundo para que amen la vani-

dad? Pero Geraldo había aprendido a separar lo precioso de lo vil (Jer 15,19), y tenía por cosa muy indigna lamer la tierra quien se sabía llamado a la cena del Cordero celestial (Ap 19,9). Se dolía más bien por los que, por la amistad del mundo, se constituyen enemigos de Dios (Sant 4,4). Y después de haber gustado cuán dulce es el Señor, se desdeñaba de lamer las aguas robadas, que son más dulces (Prov 9,17). Lloraba más bien por aquellos que, según el bienaventurado Job, corren con clamor a roer la raíz del enebro (Job 30,4), es decir, la codicia, llena de punzadas. Así pues, el poder mundano, que tenía en abundancia, lo había pisoteado con el desprecio de su alma. Pero, como es propio del astuto referirlo todo a su provecho, pensaba cómo disponer de lo que poseía temporalmente de modo que le aprovechara perpetuamente.

II

Así pues, llamó a Gausberto, venerable obispo y en verdad digno de alabanza, junto con algunos otros hombres honrados, y les manifestó con confianza qué pensamiento lo movía. Pues este señor Gausberto era muy querido del varón de Dios, y por su común santidad se procuraban mutuamente un trato estrecho. Expone, pues, que siente hastío de la vida presente y desea el hábito religioso; que quiere ir a Roma y legar por testamento sus haciendas al bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles. Y después de tratarlo largamente, el varón del Señor Gausberto, examinando la causa con más alto consejo, le persuadió al fin a

que conservara el hábito seglar en apariencia, por el bien común de los habitantes de la provincia, pero que dedicara sus bienes a san Pedro como quería. Y él, para que no pareciera que obraba con desobediencia aferrándose con demasiada obstinación a su propósito, consintió. Pero, acordándose del Apóstol, que dice que el judío, nombre que se interpreta «el que confiesa», lo es mayor y mejor en lo oculto que en público (Rom 2,29), se tonsuró de tal modo que quedara oculto a los hombres, pero manifiesto al que mira desde lo alto. Se rasuró la barba con navaja y, pasándola en forma de corona por la cabeza, se cortó también parte del cabello. Y para que esto quedara del todo oculto, obligó con juramento a algunos de sus camareros que lo sabían a no descubrirlo de ningún modo mientras viviera. En fin, con este hecho parece haberse ganado una doble recompensa. Pues, por una parte, ardiendo en amor al Señor, ofreció a Dios la obra de la conversión; por otra, lleno de amor al prójimo, se obligó a permanecer contra su voluntad, para provecho de ellos, en un hábito que no quería. Pues ¿qué género de vida podía ofrecer a Dios más grato que este, en el que ni descuidaba el bien común ni se restaba nada de la perfección de su conversión? ¿Y no fue este modo de vida tanto más precioso cuanto más útil fue para muchos y más conocido solo por Dios? Pues Dios, como está escrito, dirigió su consejo, de modo que, aunque le hizo contraer matrimonio con Lía, no lo privó de los deseados abrazos de Raquel.

III

Para ocultar su tonsura halló con facilidad un recurso. Se cortaba la barba, como si le molestara; y como el cabello se le había caído de la nuca, ocultaba en la coronilla la corona, cubriéndola con un gorro que llevaba siempre. Llevaba ropas de piel sobre sus vestidos de lino, porque esa clase de prenda suelen usarla tanto clérigos como laicos. Pero nunca tenía dos pellizas a la vez. Sino que, cuando era necesario traer una nueva, mandaba dar enseguida la vieja. Cuando cabalgaba, alguien solía llevar delante de él la espada, que él, sin embargo, nunca tocaba con su mano. Pues hacía tiempo que había mandado hacer una cruz de oro con el tahalí y los adornos de su cinturón. Nunca solía montar un caballo enjaezado. En estas y otras cosas semejantes se veía bien cuánto había despreciado el colmo de su poder, procurando la moderación.

IV

Así pues, después de haberse entregado en todo al culto divino, para consagrar también sus bienes al Señor, partió para Roma y, hecho solemnemente el testamento, legó al bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, su insigne hacienda de Aurillac, con tantas dependencias que pudieran bastar para todo el sustento de los monjes que había dispuesto reunir allí. Pues su alma ardía en deseos de establecer allí una morada cenobítica, donde los monjes llevaran vida común con un abad de su orden. Asignó también

un censo que se pagara cada año a la urna del bienaventurado Pedro. Así pues, como lo había concebido en su ánimo ferviente, partió según lo convenido y, con la ayuda de Dios, llevó a cabo lo que había decidido. A su regreso mandó reunir canteros y albañiles de todas partes, y ordenó abrir los cimientos para construir una iglesia en honor de san Pedro. Pero Satanás, envidioso de todo bien, con no sé qué arte engañó la previsión de los maestros de obras. Pues asentaron mal los cimientos, y cuando ya se había gastado una gran suma de dinero y los muros se alzaban a buena altura, las junturas de los sillares se deshicieron de repente y se derrumbaron. Pero este varón no se entristeció demasiado por ello. Pues, como está escrito, no entristecerá al justo nada de lo que le suceda (Prov 12,21). Confiaba de veras en que, aunque aquella obra se retrasara por este motivo, la recompensa de la obra perdida no se perdería en modo alguno. Veía que por juicio de Dios se había permitido que ocurriera esta pérdida; y, en efecto, casi siempre sucede en toda empresa que lo que se ofrece a Dios con más agrado se lleva a cabo con más dificultad. Y ciertamente en la naturaleza de las cosas, lo que crece pronto pronto decae; pero lo que crece con dificultad dura más.

V

Había llegado la Cuaresma, cuando un aire ya más templado sonreía a la construcción de edificios. Una mañana, terminadas sus oraciones acostumbradas, Geraldo salió de la plaza que domina aquel lugar. Avanzando un poco, comenzó a

considerar, dirigiendo la mirada a uno y otro lado, dónde podría fundarse con más acierto la fábrica de la iglesia. Al fin eligió un lugar ya previsto por disposición divina. Manda, pues, que vuelvan los artífices, que se reavive el empeño, que se reabra la obra interrumpida, que se prosiga con habilidad lo comenzado y que se fabrique con un tamaño conveniente y en forma abovedada la iglesia que su padre había construido antaño en honor de san Clemente. Pues, como dijimos antes, su padre fue hombre religioso, como descendiente de un linaje de hombres religiosos.

VI

Mientras continuaba la fábrica de la casa, daba siempre vueltas en su ánimo a cómo podría encontrar monjes de buenas costumbres que pudieran habitar el lugar bajo la observancia regular. Pero como la escasez de ellos hacía difícil encontrarlos, se angustiaba y no sabía qué hacer. Entonces envió a unos muchachos nobles al monasterio de Vabres. Pues allí se encendía entonces el fervor de la observancia regular, para que en aquella comunidad estos muchachos fueran formados bajo la norma de la regla. De ellos sobrevive todavía uno, que cuenta lo que vio junto al bienaventurado Geraldo, lo que estamos describiendo, y lo escribe de su mano. Pero cuando se mandó volver a estos muchachos, como les faltaron maestros, relajados pronto por una blandura de muchachas, descuidaron el rigor de la disciplina. Y así sucedió que la empresa no llegó a efecto; con todo, forzado por la necesidad, puso a uno

de ellos al frente de los demás. Pero como este vivía disolutamente, el varón del Señor se afligía mucho, porque no podía corregirlo ni tenía a otro a quien poner en su lugar. Así, cuando lo veía a él o a sus cómplices andar por el camino de una vida corrompida, decía, suspirando profundamente, aquello de David: Oh Señor, desbarata el consejo de Ajitofel (2 Sam 15,34).

VII

Algunas veces, también, prorrumpiendo en voz de llanto por los hombres que veía inclinados al mal, gemía hastiado, como quejándose de que esos hombres perecieran por amor del mundo, de que la piedad desfalleciera, de que la iniquidad se desbordara, de que casi todos perdieran ya la inocencia del corazón y la verdad de los labios. Pero no quería mezclarse en sus contiendas, sino que rogaba que Dios omnipotente los pacificara a todos, mandando celebrar la solemnidad de la misa y repitiendo a menudo aquello de Ezequías: Oh Señor, haya solamente paz y verdad en mis días (Is 39,8); y aquello otro: ¡Oh, cómo falta el santo! ¡Oh, cómo han menguado las verdades entre los hijos de los hombres! (Sal 12,2).

VIII

Ardiendo por las cosas celestiales, había despreciado las terrenas, y esperaba que su deseo pudiera consolarse si encontraba compañeros de ese mismo deseo. Por eso su alma se agitaba día y noche, y no podía olvidar el afán de reunir

monjes, hablando de ello a menudo con los de su casa y sus allegados. Pues lo movía a ello un afecto tan grande que a veces exclamaba: «¡Oh, si alguien me concediera encontrar monjes religiosos con esta condición! ¡Les daría todo lo que poseo y pasaría en adelante esta vida mendigando! Pues no tardaría nada en aceptar ese trato». Asimismo, como una vez le respondieran sus allegados diciendo: «¿No se encuentran en estas regiones muchos monjes, de entre los cuales podríais reunir a vuestro gusto?», él pronunció una sentencia muy fuerte: «Si los monjes son perfectos —dijo—, se asemejan a los santos ángeles; pero si vuelven al deseo del siglo, con razón se los compara, por su apostasía, con los ángeles apóstatas, que no guardaron su morada (Jds 6). Pues os confieso que un buen laico es incomparablemente mejor que un monje transgresor de su propósito». Y cuando le replicaron: «¿Por qué, entonces, acostumbráis hacer tantos beneficios a los monjes no solo vecinos, sino también lejanos?», él, despreciando sus obras con su acostumbrada humildad, dijo: «Yo no hago nada. Pero si, como decís, hiciera algo, estoy seguro de que es veraz el que prometió recompensar un vaso de agua fresca dado en su nombre (Mt 10,42). Vean ellos cómo son a los ojos de Dios. Ciertamente es verdad que quien recibe a un justo por ser justo recibirá recompensa de justo (Mt 10,41)». En estas y otras palabras semejantes suyas se ve que sentía hastío del deleite de la vida presente, que ardía en deseo celestial y que habría querido dejar todos sus bienes si no le hubieran faltado

aquellos a quienes entregarlos razonablemente. Verdadero es el proverbio popular según el cual la voluntad se cuenta por la obra. Por eso también el que odia a su hermano es llamado homicida (1 Jn 3,15). Y Juan Evangelista bebió el cáliz de la pasión, aunque murió en paz. Si, pues, la voluntad se cuenta por la obra, de ningún modo queda Geraldo privado de la recompensa de los que renuncian a todo.

IX

Así pues, permanecía retenido en el siglo contra su voluntad. Y aunque le faltaban compañeros con quienes renunciar a ese mismo siglo, se entregaba, sin embargo, de modo admirable y por entero a la obra de Dios. Pues estaba tan atento a escuchar lecturas y, alternándolas, a las oraciones, unas veces con otros, otras a solas, que es de admirar cómo pudo poner tanto empeño en ello, o cómo quiso cumplir siempre tan gran número de salmos. Sobre todo porque a veces tenía que despachar también otros asuntos. Pues no era tan obstinado que se apartara demasiado de los asuntos necesarios; sino que, después de atenderlos un poco según la ocasión, pronto se recogía presuroso a la dulzura de la salmodia que había gustado. Con cuánta reverencia estaba en la iglesia no puede referirse suficientemente; habrías pensado que contemplaba algo divino y que imitaba con rostro absorto aquello del profeta: Vive el Señor, en cuya presencia estoy (1 Re 17,1). Para que esto se vea con un ejemplo: había llegado el día festivo de la Ascensión del Señor, y él

acudió presuroso al monasterio de Solignac para celebrarla como corresponde a la solemnidad. Pues no consentía que el oficio de tan gran festividad se recitara sino festivamente, ni que, como acostumbran muchos, se abreviara el curso al celebrarlo. Así pues, cuando llegaron allí, los monjes, como convenía a persona tan grande y de tal valía, le prepararon un asiento y un reclinatorio cubiertos de ornamentos. Cuando él se dirigió allí después de recorrer los oratorios, los hermanos comenzaron a celebrar solemnemente el oficio, alargándolo, como es costumbre. Pero el señor, hasta que se concluyó, permaneció de pie tan suspendido en la contemplación que ni se sentó ni se recostó siquiera un poco sobre el apoyo, mostrando con la misma inmovilidad del cuerpo la devoción y la firmeza de su alma. Pero nosotros no somos así: orando ante el rostro de Dios como en lo escondido, proferimos las alabanzas divinas más con voz pomposa que con corazón sencillo. Y aunque la inteligencia del alma debe concordar con la voz, nosotros hacemos correr la voz tras la ligereza del alma. Geraldo, en cambio, meditando aquello del Apóstol: Pero para Dios estamos manifiestos (2 Cor 5,11), se comportaba como en presencia de un juez que lo ve todo.

X

Y para que la dignación divina glorificara delante de los hombres a quien glorificaba a Dios delante de los díscolos cumpliendo sus mandamientos, Dios, aunque, inminente ya el tiempo del Anticristo, deban cesar los milagros de los

santos, acordándose, sin embargo, de su promesa, en la que se dice: A los que me glorifican, los glorificaré (1 Sam 2,30), se dignó glorificar a este siervo suyo con cierta gracia de curación. Esta clase de curación fue tal que, aunque por humildad rehuía imponer la mano a los enfermos, con frecuencia los socorría, sin embargo, ausente y sin quererlo. En efecto, los enfermos solían robar el agua con que él acostumbraba lavarse las manos, y muchos sanaban. Y para que esto parezca más creíble, conviene mencionar a algunas personas. Pues cierto campesino de junto al monasterio de Solignac tenía un hijo ciego; y después de lamentarse largo tiempo de que la ceguera y la pobreza lo oprimían a la vez, fue advertido en una visión de que fuera al señor Geraldo y derramara sobre los ojos de su hijo el agua con que se hubieran lavado sus manos. El hombre creyó en la visión y, llegándose, contó lo que había soñado. Al oírlo, el señor se estremeció, consternado en su ánimo, y, rehuyendo tal presunción, dijo que había sido una ilusión que engañaba a aquel hombre y que quería engañarlo también a él para que intentara lo que no le estaba concedido; que el hombre erraba al pedir tales cosas con vana esperanza. Gimió el padre, a quien angustiaba la ceguera de su hijo, y, comprendiendo que el varón del Señor, por humildad, de ningún modo accedería, fingió marcharse y obtuvo el agua de uno de los sirvientes. Al volver a casa, lavó los ojos apagados de su hijo invocando el nombre de Cristo, y el muchacho recobró la vista. A este hecho siguió otra obra.

XI

Vivía en Aurillac un muchachito cojo, que fue encomendado a un herrero para que aprendiera un oficio con el que pudiera ganarse la vida. Entretanto, fue advertido en sueños de que pidiera igualmente el agua; pero el herrero, que debía conseguirla, sabiendo que en este asunto el varón del Señor era muy severo, no se atrevió a pedir el agua abiertamente, sino que la obtuvo a escondidas por medio de los sirvientes. Y en cuanto roció con esa agua los miembros inútiles, la virtud divina los restituyó enseguida a su propio oficio. Como la fama fue divulgando poco a poco este hecho, llegó también a conocimiento del señor. Pero él, sobrecogido por la novedad del caso, decía que no había ocurrido por mérito suyo, sino por la fe de los que habían dado aquella agua al herrero, cosa que todos a porfía le ocultaron; y como no podía encontrar al que la había dado, se movió a una vehemente amenaza: que nadie se atreviera nunca en adelante a cosa semejante, asegurando que, si lo hacía un siervo, sería mutilado, y si un hombre libre, dejaría de ser de los suyos. Pues nada temía más que las alabanzas. Y aunque era benévolo con sus enemigos, con quienes lo alababan se mostraba severo.

XII

En Postomia, insigne alodio de su propiedad, una mujer ciega recobró la vista con el agua de sus manos. Esto se divulgó entre todos, pero a él se le ocultaba con el mayor cuidado, sobre todo por

causa de uno de los sirvientes, que había dado el agua a la mujer. Pues los suyos no podían tener en poco el castigo extremo con que había amenazado tiempo atrás por esta causa, sabiendo que no quedaría impune si descubría al que la había dado.

XIII

Asimismo, se hallaba en la capilla que está junto a la villa llamada Crucicula, cuando otra mujer, que era una de sus siervas, fue igualmente iluminada con el agua de sus manos. Al saberlo, buscó con empeño al que había dado el agua, llamado Rabboldo, lo encontró y enseguida lo apartó de sí. Algún tiempo después, un hombre noble llamado Ebbón fue a razonar con el señor, diciéndole que quizá obraba contra la voluntad de Dios al descuidar, so pretexto de una humildad indiscreta, la gracia otorgada desde el cielo, y al dejar en su angustia a aquellos a quienes podía ayudar; que era mejor emplear en ellos la gracia que quizá se le había dado por causa de ellos, y conceder a los que le suplicaban lo que su necesidad exigía; que no había que temer la soberbia, pues él no era codicioso de alabanza; ni tampoco la presunción, puesto que los que pedían ayuda declaraban haber sido advertidos por Dios; sobre todo, cuando ya estaba probado por experiencia que el beneficio de la salud que se le había pedido había llegado a efecto más de una vez, aun sin saberlo él. Y él, ciertamente, sostenía esto con razón. Pero Geraldo suspiraba y lloraba, diciendo que temía que fuera más bien un fraude diabóli-

co, que quería engañarlo con este pretexto y había tramado privarlo de la recompensa de cualquier bien que hubiera hecho alguna vez. Al fin, pues, vencido por los ruegos o por la razón, volvió a recibir al que había despedido y mandó dar doce monedas a la mujer.

XIV

Sabiendo que el estado del alma se conserva mejor con esta alternancia, si uno se dedica de cuando en cuando a la lectura después de la oración, hacía leer en su presencia las palabras divinas, como dijimos más arriba. Por eso adoptó también la costumbre de que se leyera durante su comida, y el lector no debía omitirlo aunque hubiera huéspedes presentes. Por condescendencia, a veces mandaba detenerse al lector y preguntaba el sentido de la lectura a quienes quizá lo supieran. Y como aquellos a quienes preguntaba solían rogarle que hablara más bien él, al fin respondía con elocuencia y conocimiento, como hombre docto, pero de tal modo que ni siquiera avergonzaba a los clérigos. Y cuando, después de la comida, cada cual se retiraba a lo suyo, se leían igualmente ante él sobre todo los pasajes que habían quedado de las lecturas recitadas en la iglesia. Mientras estaba atento a la lectura, nadie se atrevía fácilmente a interrumpirlo por causa alguna. Pues, según aquello de Job, era temido por sus súbditos, y la luz de su rostro no caía a tierra (Job 29,24). De sus palabras y su conversación se cuentan cosas admirables. Pues en lo que hablaba con ánimo alegre era sumamente grato.

Pero lo que profería en tono de reprensión parecía como aguijones, de modo que se temía casi como algo más que palabras. Al dar algo era muy pausado. Pero una vez que había dado, no lo quitaba. Si oía que un sacerdote tenía mala fama, no por eso despreciaba el oficio de la misa celebrado por él, porque sabía que aquel sagrado misterio no puede ser menoscabado por un hombre pecador. Y aunque al juzgar los hechos ajenos era agudo o dulce según el mérito de las causas, sus propias obras las tenía en poco. Y sin duda las encomendaba tanto más preciosas al que mira desde lo alto cuanto más viles las estimaba él mismo.

XV

Y como absorbía el deseo celestial en oleadas más abundantes, por así decirlo, su boca se llenaba de tal modo de la abundancia del corazón (Mt 12,34) que casi siempre resonaba ya en ella la ley del Señor. Pues había señalado para sí ciertas palabras sagradas que parecían convenir a las acciones corporales. Como aquello que decía por la mañana antes de empezar a hablar: Pon, Señor, una guardia a mi boca, y una puerta en torno a mis labios (Sal 141,3), y otras palabras semejantes que acomodaba a cada acción, es decir, al despertar, al levantarse del lecho, al calzarse, al tomar el vestido o el cinturón, o bien al emprender un viaje o cualquier otra cosa, de modo que, según el dicho del Apóstol, parecía hacer todo en el nombre del Señor (Col 3,17). A veces, cuando le ocurría estar sentado con pocos o a solas, meditaba no sé qué en largo silencio, y, bañado en lágrimas,

exhalaba un suspiro de lo hondo del pecho que lo estremecía todo, de modo que cualquiera podía advertir fácilmente que su alma estaba pendiente de otra parte y no hallaba consuelo en lo presente. Tal era su conversación, tal su silencio, que su boca anunciaba la alabanza del Señor (Sal 51,17), y la meditación de su corazón estaba en su presencia (Sal 19,15).

XVI

Los suyos sabían que deseaba con todas sus fuerzas el hábito religioso. Pero, como era prudente, considerando que quienes profesan un propósito sublime, cuando se corrompen por el amor del siglo, caen de lo alto con más grave caída, juzgó preferible permanecer así que intentar empresa tan ardua sin colaboradores probados. Si miras, pues, su deseo, guardó a Cristo por su devoción la fidelidad de la profesión monástica. Y es alabanza muy eminente servir al propósito religioso en hábito seglar, así como, por el contrario, es sumamente ignominioso haber buscado el siglo bajo la vestidura de esa misma religión. Como, pues, según dijimos antes, este varón no tenía hermanos con quienes habitar bien y gozosamente en unidad (Sal 133,1), soportaba con hastío el destierro de esta vida. Y así como en otro tiempo la paloma de Noé, al no encontrar fuera dónde posarse, volvía al arca y al mismo Noé, así este varón, entre las olas de este siglo, volviendo al secreto de su corazón, descansaba en el deleite de Cristo. Pues no se había adherido, como aquel cuervo, a la carroña del deleite corporal, ya que

su alma rehusaba ser consolada con la gloria de la vida presente; antes bien, acordándose de su Dios, se deleitaba (Sal 77,3-4), y, volviendo al secreto de su corazón como a un arca, exultaba bajo su lengua. Pues no se permitía mirar la iniquidad en su corazón por mucho tiempo, temiendo que quizá el Señor no quisiera escucharlo (Sal 66,18). Antes bien, los pecados sin los cuales no puede existir la condición humana, que a nosotros nos parecen más bien leves, pero a él le parecían graves, se esforzaba siempre por reconocerlos ante sus ojos, de tal modo que no dudaba de recibir clementemente de Dios el perdón de la impiedad de su corazón. Por eso su Rey y Señor dirigía misericordiosamente su camino en su presencia y atendía benignamente a la oración de su voz. Y se cuidaba con tanto empeño de hospedarse siempre junto a una iglesia, que en el curso de muchos años no pasó ninguna noche fuera de un oratorio, salvo una, en la fiesta de los Inocentes, que ocurrió por causa de un viaje. Siempre lo acompañaba buen número de clérigos, con quienes se afanaba sin cesar en la obra divina. Asimismo se llevaba con él todo el aparato eclesiástico necesario para el ministerio, con el cual se cumplía la obra del servicio divino con enorme cuidado y reverencia, sobre todo en los días de fiesta. De noche solía adelantarse largo rato a todos en el oratorio; y, terminado aquello, acostumbraba quedarse solo. Y entonces gustaba el sabor de la dulzura interior tanto más dulcemente cuanto más en secreto. Y luego, alegre y animoso, salía, ya a su lecho, según la hora, ya a los suyos. Pues

se había fijado tal modo de vivir en su trato que cualquiera de sano juicio se admiraba de que en él hubiera confluido tanta gracia celestial. Este modo de vida lo guardaba también en su trato exterior, de modo que sus servidores sabían cómo había de comportarse en cada tiempo del año.

XVII

Se había hecho la costumbre de ir con frecuencia a Roma. Se cuenta que fue allí muchísimas veces. Nuestros informantes, sin embargo, están seguros de siete. Pues, como es propio de la naturaleza humana querer siempre contemplar la luz, este varón, siendo espiritual, ansiaba espiritualmente ver aquellas dos lumbreras del mundo, a saber, Pedro y Pablo. Y como todavía no aspiraba a contemplarlos en persona, visitaba con frecuencia sus sepulcros y templos, y legó sus bienes a ese mismo bienaventurado Pedro. Se había impuesto esta ley: volver cada dos años a su sepulcro y, como siervo suplicante, llevar a su Señor, a modo de censo, diez sueldos colgados de su propio cuello. Pero ¿quién podrá explicar dignamente con cuánta devoción lo cumplía? Era tan generoso con los necesitados que su largueza apenas pasaba por alto a ningún pobre de los muchos que allí abundaban en tropel, pues confiaba firmemente en ser escuchado si él escuchaba a los pobres que clamaban. Daba también mucho a los monasterios cercanos al camino. Y así la fama de su gran benignidad había resonado por todas partes. Por eso los monjes y los peregrinos, y también los necesitados y los que lo hospedaban,

preguntaban con ansia, en la época en que suelen pasar los romeros, si venía el conde Geraldo o cuándo vendría. Los mismos marrucos, recios habitantes de los Alpes, no tenían nada por más lucrativo que transportar el equipaje de Geraldo por las cumbres del monte Jove.

XVIII

Una vez iba también haciendo este camino. Al llegar a la ciudad llamada Asti, un ladrón le robó dos de sus acémilas. Pero, al llegar a un arroyo, no pudo obligarlas a cruzarlo, hasta que fue apresado por los hombres del señor Geraldo. Y, recuperadas las acémilas, no hizo ningún daño al ladrón.

XIX

Una vez, cuando recorría aquel camino, llevaba consigo a un monje llamado Ariberto, varón de gran abstinencia. Pues era para él dulce compañía esta: cada vez que hallaba a alguien de vida religiosa, se deleitaba siempre en él con mayor afecto. Sucedió una vez que faltó el plato con que aquel varón abstinente solía comer su pan. El señor preguntó con solicitud si los criados le habían preparado su comida acostumbrada. Cuando le respondieron que no tenían nada más que pan, se angustió, diciendo: «¡Oh!, ¿qué nos ha pasado hoy? Todos nosotros tenemos comida abundante, y este siervo de Dios va a quedar con escasez». Era, además, un día libre de abstinencia. Había llegado ya la hora de lavarse las manos,

y Samuel, que estuvo presente y lo cuenta, corrió a traer agua, cuando por casualidad encontró en la orilla un pececillo tendido y palpitante, que había saltado del agua a su vista. Lo cogió y corrió alegre al señor, diciendo: «Mirad, Dios os envía este pez; pues lo encontré tendido junto al agua». Y él respondió: «Gracias a Dios». Y entretanto, mientras se cocinaba, entró en la tienda, se arrodilló y oró un rato con lágrimas. Pues tal era siempre su costumbre: no anteponer nada a Cristo, sino más bien darle gracias con devoción por cada una de las cosas que le sucedían. Cuando se levantó de la oración, se presentó ante todos muy alegre. Luego, sentados a la mesa, aquel varón abstinente comió hasta saciarse; y como aún quedaba una parte del pez, el señor lo apremiaba, diciendo: «¿Por qué, hermano, tardas en comerte un pez tan pequeño, si no vas a tener otra cosa?». Como él aseguraba que ya estaba satisfecho, el señor lo probó, por ver si era bueno. Y, hallándolo de excelente sabor, comió también él cuanto le bastó, y dio pedacitos a todos los presentes como bendición. Todos dieron gracias a Dios, reconociendo un don divino tanto en el hallazgo del pez como en que hubiera sobrado. Pues medía apenas medio pie.

XX

Asimismo, yendo a Roma, al llegar a la ciudad de Toscana llamada Lucca, una mujer le salió al paso diciendo que había sido advertida en una visión de que él devolvería la vista a su hijo. Al oírlo, él reprendió a la mujer y, lanzando la mula

que montaba, huyó a toda prisa. La mujer, por su parte, preguntaba a quienes podía cómo obtener del hombre de Dios el beneficio esperado. Entonces, por casualidad, uno de los criados dijo a la mujer que ya se habían obrado prodigios con el agua de sus manos. Pero el señor, más precavido a causa de la mujer, cada vez que se lavaba las manos hacía derramar enseguida el agua en tierra delante de él. Pero la mujer lo siguió siempre, hasta que él dejó de preocuparse de que se derramara el agua. Al fin la mujer la consiguió sin que él lo supiera, lavó los ojos de su hijo ciego, y este recobró al instante la luz. Así pues, cuando el varón del Señor regresó de la Urbe, la mujer mencionada le presentó a su hijo, que ya veía. Y mientras todos ensalzaban este hecho, él seguía su camino callado y llorando, y nadie se atrevía a referir en su presencia nada de esto ni de cosas semejantes.

XXI

Contaré algo admirable, y quizá increíble. Pero lo hago dando crédito a dos testigos que lo aseguran, los cuales refieren que el varón del Señor volvía de Italia por el camino por el que se va de la ciudad de Turín a Lyon. Había atravesado ya los Alpes, y, por necesidad del camino, pasaban por unos parajes, según se cuenta, muy faltos de agua. Y sucedió que también se acabó el vino de los odres. Y como aquella región estaba desde hacía tiempo despoblada por obra de los sarracenos, faltando el agua y sin que pudiera encontrarse vino, empezaron a abrasarse de sed.

Se esforzaban por recorrer más deprisa, si era posible, aquel trecho del camino, pero los de a pie y las acémilas desfallecían. Por eso el señor se vio obligado a mandarles detenerse un poco. Los hombres yacían abatidos sobre la hierba; las acémilas, vagando de acá para allá, recorrían los pastos acuciadas por la sed. Entonces uno de los clérigos fue a traer de vuelta las acémilas para cargarlas, pues no se quería prolongar aquel descanso. El clérigo encontró, pues, un hoyito lleno de líquido; se admiró y, queriendo averiguar qué era, se inclinó, y entretanto aquel líquido exhaló el sabor del vino. Entonces, lleno de alegría, volvió corriendo al señor y le anunció que había encontrado no sé qué, como vino. Pero él le dijo: «¿Qué desvarías? ¡Ojalá hubieras encontrado agua! Pues ¿de dónde va a haber vino aquí?». Pero el clérigo joven tomó un vasito, sacó algo de aquel líquido y se lo trajo delante. Lo que se trajo mostraba claramente tanto el color como el sabor del vino. Entonces el señor mandó a los capellanes que tomaran la cruz y las cajitas de reliquias e hicieran sobre el hoyo de aquel líquido el exorcismo del agua bendita. Y luego les manda, en el nombre de Cristo, que averigüen probándolo qué era. Y, hallando que era vino, el varón del Señor, con enorme admiración y gozo, dio gracias a Dios junto con todos ellos, y antes de beber él mismo mandó que se diera a todos; pero no permitió que se llevaran nada de él en frascos. Dígase esto conforme al testimonio de quienes aseguran haberlo visto. Con todo, lo que ahora sucede junto a su

sepulcro persuade a creer lo que se oye de él, sea esto, sea aquello.

XXII

Este camino lo hacía a menudo el santo varón. Pues ya no quería acudir a los palacios de los reyes ni a los pretorios de los marqueses, ni mucho menos a las juntas de los príncipes; sino que ansiaba visitar con frecuencia, como se dijo más arriba, a los cónsules del cielo, a saber, Pedro y Pablo. Asimismo recorría con pronta devoción otros lugares de los santos, a saber, el sepulcro del santísimo señor Martín y también el del bienaventurado Marcial. Creo que contemplaba en espíritu cómo se alegran aquellas huestes de los bienaventurados en la curia del Capitolio celestial. Y, como poco después había de unirse a ellos, gustaba ya de antemano en cierta medida el gozo de su Señor (Mt 25,21).

XXIII

Hay un campo de juncos más allá de Sutri, junto al burgo llamado de San Martín, donde suelen acampar los romeros. Así pues, cuando los criados hubieron montado allí las tiendas, el señor se hallaba casualmente aparte, y cierto hombre se hizo conducir junto a él. Suplicándole humildemente, le rogaba con todo que se dignara darle agua tocada por sus manos. Él le mandó quedarse allí y callar. Luego, entrando en la tienda, oró un rato ante las santas reliquias. Cada uno de los criados estaba atento a la tarea que le to-

caba. Así pues, mientras ellos estaban ocupados en otra cosa, viendo que podía hacerse en secreto, llamó a uno para que se lo trajera a escondidas. Entonces se lavó las manos con cuidado, mojó los dedos en agua fresca y la signó con las santas reliquias. En cuanto el ciego la derramó sobre sus ojos privados de luz, mereció ver al instante. El varón del Señor le contuvo la voz para que no gritara, y él mismo dio gracias con él a la majestad divina; y lo hizo vestir con una prenda suya, a saber, un curcinbaldo, y sacar a escondidas fuera de las tiendas.

XXIV

Asimismo, cuando volvía de la Urbe, llegó un sábado a cierta iglesia, junto al lugar donde se ven montones de azufre. Y como su gente quería partir al día siguiente, los retuvo, diciendo que, por reverencia al día del Señor, se detuvieran al menos hasta la hora nona. Y aquella demora no careció tampoco de provecho temporal: pues, terminado solemnemente el oficio de la misa, cuando ya después de comer emprendían el camino, llegó uno montado en un caballo que se había perdido a la ida, y el señor Geraldo mandó recuperarlo sin hacer daño al jinete. Antes de que llegaran a Abricola, un ciego sentado junto al camino preguntaba a los que pasaban si venía en aquella comitiva alguien que se llamara Geraldo. Sucedió que uno de nuestros hermanos, entonces todavía canónigo, caminaba en la comitiva del señor Geraldo; y, yendo a pie por devoción, llegó cansado junto al ciego. Como el ciego le pregun-

tara por el señor Geraldo, le respondió que venía siguiéndole los pasos. «Pero ¿por qué causa —dijo— lo buscas con tanto afán?». Y él dijo: «Hace nueve años que me oprime la angustia de la ceguera; y esta noche se me advirtió en sueños que viniera aquí y buscara a Geraldo, el peregrino de san Pedro, que le pidiera que se lavara las manos y que bañara con esa agua mis ojos cegados». Al oírlo, el clérigo se detuvo, y entretanto llegó el varón del Señor, Geraldo. Tenía, en efecto, la costumbre de cabalgar solo y con la cabeza cubierta, para entregarse más libremente a la salmodia. Así pues, cuando llegó, el clérigo dijo en voz baja al ciego: «Aquí está». Y el ciego le rogaba que se dignara detenerse un momento. Y le contó además lo que había visto en sueños. Pero el señor, ruborizándose y mostrando con la alteración de su rostro que abominaba lo que había oído, comenzó a alejarse. Pero el ciego, profiriendo ciertos conjuros tremendos, le rogaba que se detuviera, que socorriera a un desdichado y que no le negara el beneficio que esperaba. Y los que estaban presentes le suplicaban humildemente lo mismo. Él entonces, tras deliberar un poco, recordando, según creo, que, conforme al Apóstol, no debía descuidar la gracia que se le había dado (1 Tim 4,14), respondió con su palabra acostumbrada, diciendo: «Venid en ayuda, santos de Dios»; y se detuvo. Y, como suele ocurrir entre aquellas colinas, pasaba por allí un arroyuelo. Al punto se trajo agua. Entonces él descendió y se lavó las manos, diciendo: «Hágase la voluntad de Dios». Y comenzó a alejarse a toda prisa. El ciego, sin va-

cilar nada, se aplicó el agua, y no le falló el efecto milagroso. Pues recobró la vista tan de repente que al instante corrió tras él, diciendo: «¡Oh santo Geraldo, oh santo Geraldo, gracias a Dios, mira que veo!». Pero él espoleaba la mula para no oír las voces de los que lo alababan, y pasó de largo Abricola, y sus compañeros de camino no pudieron alcanzarlo hasta dos días después. En efecto, puede advertirse que aquellas manos por medio de las cuales se confería esta virtud de curación brillaban por su limpieza, y que no se les adhirió mancha alguna, sino que él las había sacudido de todo soborno (Is 33,15). Por el contrario, muy desdichados son aquellos cuya diestra está llena de sobornos (Sal 26,10). Pues, como está escrito, el fuego devora a los que reciben gustosos los sobornos (Job 15,34).

XXV

Se cuentan también de él algunas otras cosas de sus viajes, que nosotros omitimos de intento para no alargarnos. Pero añadamos todavía una, porque es un prodigio de otro género. Una vez que iba a Roma, estando ya en Italia, oyó en el aire una voz que lo llamaba y le daba a conocer su propia partida. Le pareció que era la de un hombre llamado Girbaldo, a quien había dejado en su tierra. Así pues, llamó a algunos de los suyos y les preguntó si sabían algo de Girbaldo. Ellos respondieron que lo habían dejado enfermo. Manda, pues, anotar la hora y celebrar por él el oficio de los salmos. Y al volver, preguntando por aquel

hombre, supo que había partido de este mundo el mismo día en que él oyó la voz en el aire.

XXVI

Terminado el viaje de su santa devoción, se complacía ya en frecuentar lugares más retirados, como siguiendo aquella palabra del salmista que dice: Me alejé huyendo y me quedé en la soledad (Sal 55,8). Pues allí quería descansar del trato frecuente con los seglares y del estrépito de los pleitos, para entregarse más libremente al servicio divino. Así pues, mientras con este propósito se hallaba en la capilla llamada Catuserias, llegó la fiesta de los santos Juan y Pablo. Una campesina había entrado en su huertecillo y estaba haciendo no sé qué labor, cuando de repente apareció sobre su mano una gran gota de sangre, que pronto empezó a hincharse. Aterrada, la mujer corrió gimiendo al hombre de Dios y, mostrándole la mano, le rogaba que se compadeciera de ella. Él manda al punto que acudan los clérigos y que se celebre una misa por ella; luego, que se exorcice agua y se lave con esa agua la gota de sangre; él, sin embargo, por humildad, se mantenía aparte, no fuera que se le atribuyera la señal de aquel prodigio. En cuanto se lavó la mano de la mujer, desaparecieron al instante la sangre y la hinchazón, y ella se fue sana.

XXVII

Y como aquel lugar es bastante apartado y retirado, tal como dijimos que él lo quería, se

quedaba allí con frecuencia. Así pues, una vez que había celebrado la Asunción de santa María, Madre de Dios, en esa misma iglesia, terminada ya la solemnidad de la misa, salió afuera adonde estaban los suyos. Pues tenía por costumbre, después de largas y continuas oraciones, prestarse a la conversación común, para que quien tuviera motivo de hablar tuviera también ocasión de hacerlo. Así pues, cuando salió adonde estaban los suyos, uno que estaba al frente de la preparación de las comidas le dijo: «Estamos tristes, señor, porque en esta solemnidad no podemos hallar para vuestra comida más que carne salada». Y él dijo: «No os preocupéis, porque si le pluguiera a la Madre de Dios, tampoco esto nos faltaría en su fiesta». Lo había dicho, y desde la peña que domina aquel lugar se despeñó un ciervo. Los criados, gozosos y admirados a la vez, lo recogieron, y, como entonces la carne de ciervo está en sazón, prepararon con ella un manjar delicado para el señor. Y no debe parecer increíble que la largueza divina le concediera comida de improviso, puesto que él, obrando para gloria de Dios, según el Apóstol (1 Cor 10,31), comía su bocado con los pobres. Nunca, como atestiguan los que él había criado y que estuvieron presentes, apartaba su oído del clamor del pobre. Este santo, conforme a aquello del salmista: Dichoso el que piensa en el necesitado y en el pobre (Sal 41,2), cuando oía las voces de los que clamaban, solía suspirar profundamente y responder con palabras de compasión.

XXVIII

Conocisteis al conde Raimundo, hijo de Odón. Este tenía preso, capturado con engaño, a un sobrino del señor Geraldo llamado Benito, vizconde de Toulouse. Pero Rainaldo, su hermano, se entregó como rehén y recobró a su hermano. Y el señor Geraldo, al oír que se había entregado en prenda por su hermano, se sentía muy movido a socorrer a su sobrino. Pero Raimundo iba dando largas a la devolución, maquinando en secreto capturar de nuevo a Benito y retener a los dos. Habían pasado ya siete meses, y el varón del Señor, Geraldo, no conseguía nada en la liberación de su sobrino. Un día, quejándose en cierto modo de esto con su hermana Avigerna, le dijo: «¿Por qué dejas de rogar a Cristo por tu hijo? Ciertamente, o dudamos en la fe, o, lo que es más cierto, no somos dignos de ser escuchados». Y, diciendo esto, se deshacía en lágrimas. En aquel tiempo se entregó al Señor en oración hasta la médula, por así decirlo. Y envió una vez más al abad Rodulfo a Raimundo, el cual, sin poder conseguir todavía nada, emprendió el regreso y no se había alejado mucho. Pero la noche siguiente le pareció a Raimundo en sueños que el varón del Señor, Geraldo, estaba de pie ante su lecho y lo golpeaba con la mano. «¿Por qué —le decía — no me escuchas, cuando tantas veces te lo he suplicado? Sabe con certeza que, si retienes más tiempo al rehén, de ningún modo te saldrá bien». Tras estas palabras, Raimundo despertó y, considerando la visión, se estremeció; llamó a los suyos y les contó lo que había soñado. Y es que uno de ellos, por cuyo consejo había resistido sobre

todo hasta entonces, igualmente aterrado no sé por qué causa, le persuadía de que cumpliera sin tardanza la petición del señor Geraldo; de lo contrario, le recuerda, habrían de morir. Raimundo envió al punto un mensaje a la posada del abad Rodulfo y le mandó volver. Cuando regresó, le refirió abiertamente cómo el varón del Señor lo había aterrado en una visión; devolvió al instante al rehén y pidió humildemente a Rodulfo que le recuperara el favor del señor Geraldo. Así prevalecía Geraldo con el auxilio divino y, según aquella palabra de la Escritura, humillaba a los gloriosos de la tierra (Is 45,2).

XXIX

Asimismo, una vez que se apresuraba a una entrevista con el mismo conde Raimundo, al acercarse al río llamado Aveyron, salió en la conversación que aquel día no tenía pescado para comer. Los que caminaban junto al señor, mientras hablaban de ello, vieron que un pez llamado cacho nadaba hacia ellos. Uno de ellos, que es quien lo refiere, alargó un garfio e hirió al pez. El pez, al recibir la herida, retrocedió un poco, pero volvió a dirigirse a la orilla hacia la que antes iba, y se detuvo allí hasta que uno, alargando la mano, lo atrapó. Y era de no pequeño tamaño. Así pues, el varón del Señor, dando gracias a Dios, procuraba contener a los demás, que ensalzaban esto como un milagro, como si hubiera sucedido por azar. Y quizá alguien pueda decir que esto puede suceder por casualidad; creo, sin embargo, que no recordará haber visto nunca un pez que, en un río

tan ancho como es el Aveyron, se lanzara por sí mismo a la orilla sobre los hombres.

XXX

En efecto, con razón se tiene por milagro que un pez saltara una vez del agua, o que un ciervo cayera de improviso desde una peña, y también esto, que un pez en el río se ofreciera a ser capturado. Pero mucho más admirable es que en otra ocasión se le trajera del cielo un pez para comida de este mismo hombre de Dios. Pues no lejos del monasterio de Friacum hay una aldea consagrada en honor de san Gregorio, a cuyo frente estaba un presbítero llamado Geraldo, que por su santidad era muy querido y familiar del mismo hombre de Dios Geraldo, y que antes del fin de su vida llegó a encerrarse como recluso por amor de Dios. A él, pues, se desvió una vez el mencionado varón del Señor, Geraldo, y después de orar lo besó y le dijo: «¿Qué nos vas a dar de comer, hermano Geraldo? Mira que venimos a almorzar contigo». Decía esto por la familiar amistad que aquel sacerdote tenía con él. Y él, gozoso, dijo: «Si place a tu bondad, señor, no te irás en ayunas. Sin embargo, no tengo qué servirte sino pan y vino; pero buscaré por si encuentro queso o huevos». Entonces el señor dijo: «No te fatigues, porque es día de abstinencia, y será bueno que, ya que faltan manjares, aprovechemos la ocasión para comer con más parquedad». Así pues, cuando el presbítero andaba de acá para allá preparándolo todo, entró en un aposento y vio un pez en una fuente. Entonces, estupefacto, preguntó en

secreto a su criado quién había traído aquel pez. Él dijo que no lo sabía, asegurando que no había estado allí nadie que pudiera traer aquel pez. El presbítero salió, pues, y suplicó al señor que se dignara entrar en el aposento. Y, cuando lo siguió, le mostró el pez. Él, atónito y admirado, daba gracias a Dios junto con el sacerdote. Pero obligó con juramento al sacerdote y a su criado a no revelarlo a nadie mientras él viviera. Pero el hecho llegó poco a poco a conocimiento de muchos, porque la disposición divina, que glorifica a todos los santos, a veces los da a conocer incluso contra su voluntad. Verdaderamente el Señor se acuerda todavía de su promesa, y a los que lo buscan no les faltará ningún bien (Sal 34,11). Por lo demás, esto no debe parecer increíble, pues leemos con frecuencia que Dios se ha dignado proporcionar a sus siervos, para suplir su necesidad, bebida o comida venida del cielo.

XXXI

No lejos de Aurillac hay una comarca llamada Marculiscus, junto a la cual se asienta una piedra naturalmente redonda. Una vez que el señor Geraldo pasaba frente a ella, uno de su séquito, llamado Adraldo, aseguraba a sus compañeros de camino que podía subir de un salto encima de aquella piedra. Y lo hizo al instante, ante la admiración de todos. Se decía, por cierto, que este Adraldo conocía encantamientos y maleficios. Al llegar detrás el señor, los que iban delante se detuvieron y le contaron el salto de aquel hombre. Pero él, considerando que de ningún modo podía

hacer aquello por su propia agilidad, alzó la mano e hizo la señal de la cruz. Desde entonces, aunque aquel lo intentó muchas veces, de ningún modo pudo saltar encima de la piedra. Y así se supo que aquella ligereza suya provenía de un encantamiento, que no pudo asistirle después de la señal, y que era grande el poder del señor Geraldo, tras cuya señal nada pudo la fuerza enemiga.

XXXII

Y ya que hemos referido esto de su señal, añadamos lo que hizo asimismo al signar. Había llegado la solemnidad de san Lorenzo, y él celebraba esa fiesta en una capilla suya situada no lejos de la villa de Argentat. Y había allí una de sus siervas gravemente atormentada. Así pues, cuando él, durante la oración, la miró, y ella, en medio del pueblo como estaba, rechinaba los dientes con gran furia y desvariaba, todos rogaban al varón del Señor que se dignara signarla. Él, por su acostumbrada humildad, lo difirió largo rato. Pero como ella no cesaba de enfurecerse, y los presentes le rogaban con más insistencia, al fin alzó la mano y la signó con la señal de la cruz. Y ella, vomitando sangre purulenta, quedó sana al instante. Como todos prorrumpían en alabanzas a Dios y lo ensalzaban a él, los reprimió con gran severidad, diciendo que engrandecieran solamente la clemencia de Dios y la de san Pedro, cuya es la iglesia. Es la misma iglesia en que se hallaba cuando la mujer ciega mencionada más arriba recobró la vista con el agua de sus manos.

XXXIII

Un hombre llamado Herloardo cayó del caballo y se lastimó gravemente una rodilla. Por el dolor llevaba ya seis días sin comer. Y como no podía hallar remedio alguno, envió a Captennacum e hizo que le trajeran a escondidas agua de las manos del señor Geraldo. Cosa admirable: en cuanto roció con esa agua la rodilla, quedó libre de todo dolor y se levantó sano. Se cuentan de él algunas otras cosas dignas de ser referidas o de causar admiración. Pero, como se afirman de boca en boca y no por los cuatro testigos antes mencionados, preferimos callarlas, aunque no ignoramos que hizo muchas cosas que nadie o pocos llegaron a conocer. Pues, según la costumbre de los hombres piadosos y buenos, procuraba siempre guardar la humildad como el ojo del corazón. Y por eso ocultaba sus obras cuanto podía. Y por las que salían a la luz contra su voluntad no soportaba oír alabanzas.

XXXIV

Baste, pues, esto acerca de sus milagros, que satisfagan a quienes miden la gloria de cualquier santo no por la cantidad de sus buenas obras, sino por el número de sus prodigios. Ante ellos quizá su santidad se tendría en menos si no hubieran oído nada de los milagros que obró en vida. A quienes están piadosamente prendados de su amor y lo veneran con un afecto discreto, les agradan más las obras de justicia que practicó. Pero, como en él concurren a la vez ambas cosas, a sa-

ber, la justicia y la santificación, y la glorificación de los prodigios, lo honran con más seguridad y con más pronta devoción. Pues si acaso hubiera tenido espíritu de profecía, nadie, según creo, negaría que es santo. Pero ciertamente hizo más, porque venció la avaricia. Pues ¿de qué le sirvió a Balaán profetizar un misterio tan profundo, si fue reprobado por su avaricia? No busques, pues, en Geraldo milagro mayor que este: que no puso su esperanza en el dinero ni en los tesoros (Eclo 31,8). Pues esto es, como ya dijimos, haber hecho maravillas. Pues tan raramente hallarás a quien no espere que la felicidad está en las riquezas, que por esa misma rareza la palabra divina intercaló: ¿Quién es este? Y cuando de algún modo se encuentra a alguien así, es digno de alabanza, como allí se añade: Lo alabaremos, pues hizo maravillas en su vida (Eclo 31,9). Que Geraldo hizo maravillas de esta clase lo prueban muchos testimonios. En efecto, consta que poseyó lo que le habían conferido sus padres o los reyes de tal modo que lo administró no como esclavo de ello, sino como señor; que creció en bienes en la tierra sin daño de nadie, y, sin embargo, atesoró en el cielo; que fue excelso en poder, y, sin embargo, permaneció pobre de espíritu. Por eso, como prosigue aquel, no debe parecer ni extraño ni increíble que sus bienes estén afianzados en el Señor (Eclo 31,11). Aunque entre sus hechos sobresale incomparablemente este: que perseveró casto hasta la vejez. Pues solo la castidad imita la pureza angélica. Así pues, ya que venció la lujuria, que es la mayor fuerza de Satanás, no es de extrañar que mande

ahora a ese mismo Satanás, a quien derrotó guardando la castidad. No es increíble que libre ahora a los poseídos por los demonios quien, venciendo la avaricia, arrojó de su corazón al príncipe de Mammón. Pues con razón tiene ahora sometido al espíritu de la soberbia quien en la cumbre misma del poder terreno se mostró manso.

Libro tercero

Puesto que el relato precedente ha expuesto con detalle cómo el venerable Geraldo fue insigne por la virtud de los prodigios, queda ahora que expresemos con la pluma cómo exhaló su ser espiritual de la envoltura del cuerpo. Pues consta con certeza que este varón, aunque domó el apetito corporal con la parquedad de su frugalidad, conservó, sin embargo, el vigor de sus fuerzas. No era débil de complexión ni le faltaba fuerza y vigor. Pero cuando ya estaba próximo el tiempo en que, como hombre de muchos años, debía ser licenciado de su milicia cumplida, comenzó a desfallecer, menguado su vigor acostumbrado. Y no se le ocultó que el agotamiento de sus fuerzas era más bien indicio manifiesto de su fin. Y viendo presentes a muchos de los que solían estar más estrechamente a su lado, comenzó a hablarles con un sollozo como más hondo e íntimo y con voz desfallecida: «Ea, mis queridos vasallos y amabilísimos compañeros, ¿no veis que estoy despojado de mi antiguo vigor? Advertid que está cerca la suerte de mi partida, en la que el espíritu, guiado por su Autor, será trasladado a la morada que le está destinada, y esta fragilísima naturaleza volverá al polvo». El tormento de la enfermedad no lo apartaba de su abstinencia acostumbrada. Cosa admirable: ni siquiera aque-

lla debilidad que suele obligar a los ancianos podía persuadir a su ánimo firme a salirse de su norma habitual. Sin duda porque la blandura de la carne no había podido ablandar el rigor del alma. Así pues, mientras su alma se nutría de estas y otras virtudes semejantes, iba perdiendo el vigor del cuerpo. Pero como, despreciándose a sus propios ojos, no se tenía por hombre de virtudes, no entendía bien de dónde se le había introducido la debilidad de las fuerzas. Ya la virtud espiritual, que había crecido plenamente en él, casi había dado muerte a las fuerzas corporales. Pues tal es lo que sucede con los santos: la virtud divina habría sido menos poderosa en ellos si no hubiera debilitado su robustez corporal. Por eso Daniel, después de contemplar la visión angélica, quedó desfallecido muchos días. Por eso Jacob, al estrechar al ángel, comenzó a cojear. Pues el que se llena de gracia espiritual queda debilitado en su fuerza corporal. Así, el hombre exterior se iba desgastando, mientras el interior se renovaba de día en día (2 Cor 4,16).

I

Un día, estando en la plaza que domina Aurillac, mirando la fábrica del edificio, lloraba copiosamente. Como uno de sus allegados le preguntara por qué lloraba, respondió: «Porque —dijo— el deseo que hace tiempo concebí acerca de este lugar no puedo llevarlo a efecto de ningún modo. Pues este es mi descanso; aquí habitaré (Sal 132,14). Todo lo demás que parece apropiado para el uso de los monjes lo he preparado fácil-

mente con el favor de Dios; solo faltan los monjes, solo ellos no pueden encontrarse. Y por eso, como solo y desamparado, me consumo de tristeza; espero, sin embargo, que Dios omnipotente, cuando le plazca, se digne cumplir mi deseo. Y no es de extrañar que yo, pecador, vea diferido este deseo mío, pues al rey David se le prohibió edificar un templo al Señor, aunque el Señor mismo le dio quien acabara aquella obra después de él. Y aunque yo no lo vea en esta vida, la misericordia de Cristo concederá, sin embargo, lo que anhelo, cuando le plazca. Quisiera que supierais que los muros de esta casa serán a menudo estrechos para las multitudes que acudirán a ella». Cómo lo había sabido, no lo indicó en absoluto. Pero entre quienes saben que él dijo esto, al ver que en ese lugar se agolpan las multitudes, como él predijo, ha surgido la opinión de que conoció por revelación divina lo que dijo. Ya su boca se llenaba de tal modo de la abundancia del corazón (Mt 12,34) que la ley del Señor resonaba siempre plenamente en ella. Por lo demás, siguiendo el ejemplo del mencionado David, cuidó de preparar todo lo que preveía necesario para los futuros moradores, tanto en reliquias de santos como en utensilios y ornamentos eclesiásticos, o bien en rentas de tierras.

II

Pero, para que, como dice la Escritura, el que es santo se santifique todavía (Ap 22,11), era preciso que este hombre de Dios fuera pulido por el azote antes de su muerte. Y le ocurrió como al

bienaventurado Job y a Tobías: porque era acepto, tuvo que ser probado por la tentación (Tob 12,13). Así pues, durante siete años y aún más perdió la luz de los ojos. Los conservaba, sin embargo, tan claros que nadie creía que padeciera ceguera alguna. De este golpe no solo no se dolió, sino que se alegró muchísimo en el Señor de que se hubiera dignado azotarlo. Pues no ignoraba que, aunque no todo el que es azotado es hijo, no hay, sin embargo, ningún hijo que no sea azotado. Y su consuelo era que el Juez celestial hubiera soltado su mano para herirlo, y castigara en el presente los pecados sin los cuales no se vive aquí. Así pues, seguro ya de la misericordia del Señor, confiaba en que se dignaría librar del castigo eterno a quien se había dignado oprimir con el azote en el presente. Y si algo pudo añadir a sus ejercicios de antes, fue que, cuanto más se había apartado por causa de la ceguera de las ocupaciones exteriores, con tanta mayor atención se entregaba a la oración. Y cuanto menos podía contemplar la figura del mundo, con tanta mayor claridad dirigía el corazón a contemplar la verdadera luz. Dejaba los pleitos y los quehaceres exteriores, y se aplicaba por entero al ejercicio de la oración o a la asiduidad de la lectura.

III

Dos años antes de morir, hizo dedicar solemnemente la iglesia. En sus altares se colocaron tantas reliquias de santos que causa admiración a quienes lo saben. Y a quienes quizá lo oyen de los que lo saben, les parecerá casi increíble. Pues

aquel santo padre, mientras vivió, puso todo su empeño en reunirlas de dondequiera, cada vez que se presentaba la ocasión. Y las obtenía tanto en Roma como en todas partes, como era de esperar de quien era agradable en la palabra y en el rostro, generoso en los precios que pagaba y, lo que es más, confiado en la gracia divina para lo que había que hacer. Pues consta que con frecuencia, para obtener esas reliquias, dio tiendas preciosas, caballos corpulentos y muchos pesos de dinero. En el altar de la derecha colocó un diente de san Marcial, junto con reliquias del beatísimo señor Martín y también de san Hilario; diente que ninguno de los que lo donaban pudo arrancar del santo cuerpo, de la santa mandíbula, aunque lo intentaron largo rato; pero él, haciendo antes oración, lo arrancó al instante. Con respecto a ese mismo altar sucedió algo admirable el mismo día de la dedicación. Pues un jovencito, mientras la muchedumbre se apretujaba, quitó el paño de encima para devolvérselo al ministro, aunque algunos de los presentes le decían que no se atreviera a hacerlo. Pero como no desistió de quitarlo, al punto fue presa de una angustia violenta, y primero se le despellejaron las manos. Luego, poco a poco, todo su cuerpo quedó despojado de la piel, de modo que apenas pudo restablecerse al cabo de seis semanas. El lugar, como había decidido tiempo atrás, lo traspasó al dominio de los monjes, aunque desde entonces él se detenía poco allí.

IV

En el tiempo que sobrevivió, procuró con sumo cuidado dejar en paz a todos los que dependían de él, para que no pudiera surgir entre ellos motivo de pleito. Las haciendas y siervos que no había traspasado al bienaventurado Pedro los dejó a algunos parientes y caballeros, o bien a sus servidores. A algunos, sin embargo, con la condición de que, después de su muerte, lo recibido volviera a Aurillac. De sus siervos, entonces solo dio la libertad a cien. Pues en otras ocasiones, en diversos lugares y tiempos, fueron innumerables los que manumitió. Pero muchísimos de ellos, ligados por el amor que le tenían, rehusaron la libertad y prefirieron permanecer en su servidumbre. Por lo cual puede verse claramente cuán dulce señorío ejerció sobre ellos, pues prefirieron su servidumbre a su propia libertad. Algunos de los suyos le aconsejaban que, de la servidumbre de su casa, que le sobraba en abundancia, librara del yugo de la esclavitud a un número mayor. A ellos les dijo: «Es justo que en esto se observe la ley del mundo», y que, por tanto, no debía sobrepasarse el número fijado en esa ley. Recuérdese esto para que se vea cuán estrechamente se adhería a los preceptos divinos, cuando incluso a los legales y humanos se sometía de tal modo.

V

Llegado ya el tiempo de su tránsito, se hallaba en Cezerviacum (Cézerac), en una iglesia de su propiedad consagrada en honor de san Ciriaco. Allí, más compungido que de costumbre, suspiraba más hondo, de modo que se veía bien que

el deseo de su corazón tendía a otra parte y que no hallaba consuelo alguno en lo presente. Entre suspiros se bañaba en lágrimas y, alzando una y otra vez los ojos al cielo, oraba para ser librado de este siglo, repitiendo a menudo y diciendo: «Venid en ayuda, santos de Dios». Pues esta palabra había sido siempre familiar en su boca; esta solía exclamar ante cualquier suceso repentino. No mucho después, su vigor vital comenzó a consumirse con una especie de espasmo, y las fuerzas de sus miembros y la armonía de todo el cuerpo a disolverse poco a poco. Conociendo, pues, que su disolución era ya inminente, manda llamar al obispo Amblardo, para que fortaleciera su tránsito con sus oraciones y, como pastor, encomendara a Cristo, pastor de todos, a la oveja que volvía a los pastos del paraíso. Entretanto, con sano juicio y memoria íntegra, dispone todo lo que pidieran el funeral o la necesidad de los que quedaban. Como de repente la fama veloz había difundido por todas partes la noticia de que el varón del Señor, Geraldo, se acercaba a su tránsito, acudieron todos como quien llora una pérdida común: muchedumbres de clérigos y monjes mezcladas con hombres nobles, tropeles de pobres y el pueblo llano de los campos; y el llanto de unos movía el de los otros. Prorrumpiendo entre sollozos y lágrimas, como quien se queja, cada uno redoblaba sus voces de lamento por su piedad, por su caridad, por su cuidado de los pobres, por su amparo de los desvalidos. Unos, llorando, decían: «¡Oh, qué consuelo pierde el mundo!». Y otros: «¡Oh Geraldo, que con razón te llamas bueno!,

¿quién será ya, como tú, sostén de los necesitados? ¿Quién sustento de los huérfanos o defensor de las viudas? ¿Quién consuelo de los afligidos? Ciertamente, ¿quién inclinará así hacia los pobres la cumbre de tu poder? ¿O quién, como tú, sopesará las necesidades de cada uno o las remediará? ¡Padre indulgentísimo, cuán afable, cuán dulce fuiste siempre! Te ganabas el favor de todos; con la fama de tan gran bondad habías atraído hacia ti incluso el afecto de los desconocidos». Estas y otras cosas semejantes, que la fuerza del dolor suele amontonar entre sollozos, las derramaban con lamentos tan luctuosos que habrías pensado que aquellas lágrimas no podrían cesar jamás. Así sucedía día tras día, hasta que se llegó al término mismo de su llamada. Pero él no pudo abandonar su costumbre ni siquiera al final, sino que mandaba dar toda clase de socorro a cada uno de los que querían recibirlo.

VI

Verdaderamente bienaventurado y feliz llamaría yo a quien fue tal que no dejó en la tierra sin pagar con sus obras la caridad debida, y ha sido recibido en el cielo en la caridad de los santos. Verdaderamente feliz quien, aunque era excelso en poder mundano, no dañó a nadie, no oprimió a nadie, y contra quien nadie elevó ni siquiera una pequeña queja. Pues si a Natanael se le llama verdadero israelita porque no había en él engaño (Jn 1,47), con razón llamaría yo israelita también a este, a quien el oído que lo oye llama dichoso, y a quien, a ejemplo del bienaventurado Job, el

ojo que lo ve da testimonio (Job 29,11). Así pues, mientras todos lloraban a una, solo él permanecía alegre. Pues sabía que para los que esperan en el Señor un fulgor de mediodía surgirá al atardecer (Job 11,17), y que cuando les dé el sueño, esa es la herencia (Sal 127,2-3). Así pues, aunque quizá la carne temiera por su condición mortal, el espíritu, fijo en la contemplación de la gloria, exultaba, como quien confiaba en recibir ya en realidad la esperanza largamente deseada. Pues, como está escrito que el justo confía en su muerte (Prov 14,32), habrías pensado que estaba clavado en esa misma esperanza y que no temía en absoluto la muerte. Así pues, se le veía alegre, pues no decía ni la menor cosa en que mostrara tener ni un leve temor. Durante todo el tiempo de su enfermedad empujaba de tal modo sus miembros desfallecidos al servicio divino que no consentía celebrar ni un solo oficio nocturno sino en la iglesia; y, colocado ante el altar, oía una misa propia del día y otra por los difuntos. Y cuando, con los miembros ya muy entumecidos, no podía dar un paso por sí mismo ni aun sostenido, su espíritu, que perduraba en su fervor, obligaba todavía a que llevaran su pobre cuerpo al oratorio en brazos de porteadores: sin duda para que, alargando la túnica de las buenas obras hasta el talón, cantara al final la alabanza de su virtud.

VII

En efecto, el viernes, al despuntar el día, sintiéndose agravar, mandó que los capellanes rezaran el oficio nocturno en su presencia, mien-

tras el obispo lo celebraba con los suyos en la iglesia; y él mismo salmodiaba con los que salmodiaban, hasta que, después del oficio matutino, completó también todas las horas del día. Entonces, al terminar completas, se armó con la señal de la santa cruz y añadió aquella palabra que siempre le había sido familiar, diciendo: «Venid en ayuda, santos de Dios». Dicho esto en último lugar, cerró los ojos en silencio. Los presentes, viendo que había dejado de hablar, llamaron al obispo. Pusieron también sus santos miembros sobre un cilicio; y, mientras los demás salmodiaban por su tránsito, uno de los sacerdotes celebró apresuradamente la misa y trajo el sacrosanto misterio. Y cuando algunos decían que ya había partido, él, conservando aún el sentido, abrió los ojos y con esta señal mostró que todavía no había partido. Entonces recibió por propia voluntad el cuerpo del Señor, que esperaba, y así aquella dichosa alma emigró al cielo. Y, como insinuando su propia causa con el número mismo del día de la semana, mostró que había consumado bien la obra buena, que pertenece al número seis, y que había pasado al verdadero sábado, que es el descanso. Y él, como creemos, ve ya lo que deseaba; lo que esperó, ya lo posee. Pero a muchos les dejó un dolor no pequeño. Pues, aunque su misma tristeza estaba rociada de cierta dulzura, porque sabían que había sido tal que más había que alegrarse por él que llorarlo, se lamentaban, sin embargo, con enorme clamor de verse privados del trato de aquel cuyo semejante no esperaban volver a ver. Ellos se entristecían por su condi-

ción humana; pero los ángeles, como creemos, se alegraban. Pues si hay alegría ante esos mismos ángeles por un solo pecador que hace penitencia (Lc 15,10), ¡cuánto más por este hombre justo, que envejeció entre obras de virtud! Pero el gozo de su Señor (Mt 25,21), en el que fue recibido por esos mismos ángeles, lo contempla la fe; a los ojos corporales, en cambio, entretanto se oculta, pues veían el cadáver que había pagado la deuda de la muerte, y aún no aparecía cuánto era glorificada el alma en el cielo. Muere, pues, Geraldo, pero, según aquella palabra de David, de ningún modo como suelen morir los cobardes (2 Sam 3,33), porque su suerte está entre los santos (Sab 5,5). Y si pagó lo que dice el salmista: Pero vosotros moriréis como hombres (Sal 82,7), a él le corresponde, sin embargo, lo que allí se dice antes: Yo dije: Sois dioses, e hijos del Altísimo todos (Sal 82,6). Lo atestigua el evangelista: Somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos (1 Jn 3,2). Dichoso, pues, Geraldo, que separó lo precioso de lo vil (Jer 15,19). Pues, después de gustar cuán dulce es el Señor, de ningún modo se sometió a los deleites de esta vida con desprecio de ese mismo Señor. Sino que esta vida, que es preciosa para los réprobos, la tuvo por vil, y la muerte, que para ellos es pésima, la halló preciosa. Verdaderamente bienaventurado aquel cuyos días pasaron en el dolor y sus años en el gemido (Sal 31,11), porque ya ha experimentado cuán grande es la abundancia de dulzura que Dios ha escondido para los que lo temen (Sal 31,20). Y Dios la muestra en cierta medida, aun a la vista de

los hijos de los hombres (Sal 31,20), por medio de cada uno de los prodigios. ¡Oh, cuánta diferencia hay entre él y los vedios, es decir, los ricos malvados! Pues para él sus lágrimas fueron su pan (Sal 42,4), y recibió bebida en lágrimas y con medida (Sal 80,6). Ellos, en cambio, pasan sus días entre bienes (Job 21,13) y, según aquella palabra del Evangelio, tienen su consuelo (Lc 6,24) en el presente. Pero él ya ha pasado, con voz de júbilo, al lugar del tabernáculo de Dios (Sal 42,5). De ellos se dice que en un instante descienden a los infiernos (Job 21,13). Por lo demás, aunque alguien pudiera referir algo digno de su vida exterior, las delicias a la diestra del Señor que lo colmaron hasta el fin (Sal 16,11) ninguno de nosotros es capaz, no digo de explicarlas con palabras, sino ni siquiera de alcanzarlas con el entendimiento, a no ser que alguno experimente en sí mismo qué es deleitarse en la salvación de Dios.

VIII

Y como Dios es admirable en sus santos (Sal 68,36), en quienes se nos manda alabarlo, pues dice la Escritura: Alabad al Señor en sus santos (Sal 150,1), por eso, oh bienaventurado Geraldo, le tributamos por ti las alabanzas que podemos. Lo alabamos porque te eligió y te justificó; porque hizo admirable en ti su misericordia; porque te condujo por caminos rectos (Sab 10,10); porque él mismo hizo que se hallara el fruto de tu obra; y, por último, porque hasta la vejez y la ancianidad no te abandonó (Sal 71,18); y, lo que es más, porque te contó entre los hijos de Dios (Sab 5,5),

y además te glorifica a los ojos de todos. Pero, como a los santos conviene la alabanza, para alabanza suya te alabamos también a ti: porque, según Jeremías, llevaste el yugo de Cristo desde tu juventud (Lam 3,27); porque no despreciaste la gracia de su llamada; porque no hiciste trueque de tu alma; porque no recibiste en vano su salvación; porque no arrojaste los íntimos afectos que habías concebido del amor de Cristo; porque en el tiempo de la tentación no te apartaste; porque no te derramaste en los gozos exteriores de la vida presente; porque no desfalleciste haciendo el bien. Pero tú, Señor Dios, tú, por él, perdona nuestra presunción. Pues tememos haber excedido en este relato, ya que hemos intentado lo que de ningún modo somos idóneos para hacer. Porque, aunque es digno de alabanza aquel en quien tú eres alabado, nosotros, Señor, somos indignos de tributarla, pues no es hermosa la alabanza en boca del pecador (Eclo 15,9). Que tus santos, pues, como está escrito, te bendigan, y tus obras te alaben (Sal 145,10). Pero, como tus ojos ven lo imperfecto de la Iglesia (Sal 139,16), y sus piedras se compadecerán de su tierra (Sal 102,15), rogamos que aquellos que por la solidez de sus costumbres son llamados piedras se dignen socorrernos a nosotros, que por merecimiento de nuestra maldad somos tierra: para que nosotros, que no tenemos el vestido de la justicia, nos abracemos a las piedras (Job 24,8), a fin de poder cubrir con sus méritos nuestra desnudez. Que este siervo tuyo dirija, pues, hacia nosotros el afecto de misericordia que tu caridad puso en sus

entrañas, y desde aquella sempiterna curia del Capitolio, donde se sienta ya entre los cónsules del cielo, mire con piedad a este valle de lágrimas del que ha escapado; que escuche las súplicas de cada uno y despache ante ti las necesidades de todos, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo, con el Espíritu Santo, vive y es glorificado, Dios, por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

IX

Su tránsito, como suele suceder con una persona eminente, resonó rápidamente por todas partes. Y pronto comenzó a afluir de todas partes una increíble multitud de gente: enjambres de nobles, innumerables tropeles de campesinos y necesitados, muchos monjes y filas de sacerdotes. Todos lo lloraban con un afecto como fraterno y dulcísimo, y, por no sé qué divino impulso, lo lamentaban con más compunción y a la vez con más dulzura, porque no ignoraban que había agradado a Dios.

X

Así pues, cuando, según la costumbre, fue desnudado para lavarlo, Ragamberto y los demás servidores que lo hacían le colocaron ambas manos sobre el pecho, y de repente su brazo derecho se extendió, y su mano se aplicó a las partes íntimas de tal modo que las cubría bajo la palma. Ellos, pensando que había sucedido por casualidad, volvieron a fijar la mano sobre el pecho. Pero

de nuevo, como antes, se extendió y se acomodó para cubrir su sexo. Ellos empezaron entonces a asombrarse; pero, queriendo saberlo con más certeza, doblan el brazo todavía una tercera vez y vuelven a llevar la mano sobre el pecho junto a la otra. Ella, al instante, con suma rapidez, volvió como antes a aquellas partes y las cubrió. Los que amortajaban el cuerpo, sobrecogidos a la vez de admiración y de temor, advirtieron entonces que esto de ningún modo habría ocurrido sin una fuerza divina. Pues quizá con esto se mostraba desde el cielo que aquella carne, mientras vivió, se había guardado siempre recatada para conservar el pudor de la castidad. Así pues, cubrieron rápidamente aquel pobre cuerpo. Y después de que fue vestido, aquella mano ya no se extendió a ninguna parte.

XI

Los suyos, acompañados de muchísimas multitudes, llevaron aquel santo cuerpo a Aurillac, como él había mandado, y lo colocaron en un sepulcro de piedra, a la izquierda de su basílica, junto al altar de san Pedro, de modo que su sepulcro se tiene a la derecha, y él mismo, igualmente, mira a la derecha. Pero terminemos ya este librito, no sea que desagrade tanto por su rusticidad como por su prolijidad. Si algo en él ha deleitado al lector, téngalo por concedido por los méritos del señor Geraldo. Lo que le haya desagradado lo atribuirá a mi incapacidad; con todo, hallará en ello ocasión de compadecerse. Y por eso le suplico humildemente que, considerando que me atreví

a hacer esto porque se me mandó, implore por mí el perdón del Juez de los corazones.

XII

Al bienaventurado Geraldo le habría bastado que aquel testigo fiel que está en el cielo (Sal 89,38), a quien siempre procuró agradar, lo recompense junto a sí en aquella región del paraíso; pero, con todo, cuán grande es la gloria que posee dentro, ese mismo testigo, Cristo, se digna manifestarlo fuera. Pues está escrito que Dios renueva sus testigos contra nosotros (Job 10,17). Pues todo el que guarda sus preceptos es testigo suyo contra nosotros de que podríamos, ciertamente, guardar esos mismos preceptos como él, pero no queremos. Pues, por hablar de mis semejantes, nos hastía ya leer todos los dichos de los piadosos, y descuidamos también imitar sus ejemplos, aunque nos ocupamos incansablemente en palabras ociosas o mundanas. Pero, al obrar así, demostramos ser de aquellos a quienes señala la voz del Apóstol, cuando dice: Apartarán el oído de la verdad y se volverán a las fábulas (2 Tim 4,4). Así pues, para reprimir en alguna medida esta desidia y los demás monstruosos vicios, Cristo, ordenador de los siglos, levanta contra nosotros a este testigo suyo, y lo hace ilustre ante nosotros con muchos milagros, para que, ya que hemos cerrado los ojos, como se dijo, a los ejemplos de los piadosos, al menos miremos al resplandor de este hombre, que brilla como de cerca. Pues él guardó los preceptos divinos en nuestro tiempo. Pero, como el muerto se borra pronto del corazón

(Sal 31,13), al punto lo entregamos al olvido, y, sin pensar en la recompensa que aguarda a sus santas obras, nos entorpecemos lamentablemente para imitarlas. Por esto, pues, se digna obrar milagros, que quizá ocurren por un tiempo, para que al menos así comprendamos la gloria que posee dentro, y dirijamos la mirada de la mente, como a cosas recién hechas, a las obras con que fue elevado a esa misma gloria, y procuremos cobrar fuerzas para imitarlas. Pero refiramos ya, con la ayuda de Dios, aquellos de estos milagros que convengan a la razón.

LIBRO CUARTO

I

Así pues, el domingo que siguió a su tránsito, acompañado, como dijimos, de grandes multitudes, fue llevado a Aurillac. Mientras coros de salmistas velaban toda la noche en torno al féretro, un hombre noble llamado Gibbón colocó debajo de ese féretro a su hija, a quien había atacado el mal caduco; y en adelante no padeció nada de aquella enfermedad. Ahora es ya madre de familia, y ella misma, sana como está, da testimonio de este prodigio.

II

Un hombre llamado Grimaldo, que vivía en la aldea, vio en sueños que intentaba arrancar la tapa del sarcófago de Geraldo. Al despertar, se encontró los brazos, de los codos para abajo, y

las manos tan secos que no podía hacer nada con ellos. Después de permanecer así impedido unos quince días, vino al sepulcro a suplicar, y al punto recobró la salud.

III

Una sierva lunática de un hombre llamado Lamberto fue advertida en sueños de que viniera a suplicar ante el sepulcro de Geraldo. Ella se lo contó a su amo. Pero él, temiendo que fuera una ilusión y motivo de burla si a la visión no seguía efecto milagroso alguno, se lo prohibió. Ella, advertida luego por segunda y tercera vez en visión, rogaba a su amo que la dejara ir allá. Y él ya se lo concedió. Fue, pues, la mujer, y, velando ante el sepulcro, se volvió completamente sana.

IV

Entretanto apareció ante la cripta una placita cubierta de hierba, redonda en círculo a modo de rueda. Aunque estaba llena de hierba, en torno a ella la tierra estaba desnuda y polvorienta. Los que pasaban por el cementerio, al ver aquella placita y el surco polvoriento que la rodeaba, se admiraban, sabiendo que ni hombre ni bestia habían abierto aquel surco pisándolo. Permaneció algún tiempo y después desapareció. Al verano siguiente se la vio de igual modo en el mismo lugar, pero ya mucho más ancha. Y tenía alrededor un borde gastado, como antes, y polvoriento. Asimismo, el tercer verano apareció la rueda, igualmente cubierta de hierba y ceñida

como por una senda polvorienta, pero ya mucho más extendida. Y en adelante, durante muchos años, se la veía extenderse, ensanchándose poco a poco. Los que examinaban la causa con más detenimiento creían que era algún prodigio, conjeturando que la rueda verde quizá figuraba la fama del bienaventurado Geraldo, llena del verdor de la virtud. Esa fama se difunde una y otra vez entre los pueblos que son estériles por la sequedad de las buenas obras, a los que significaría el círculo polvoriento, y los hace como fecundos con su ejemplo, cuando por amor de él emprenden una grata peregrinación y su fatiga, cuando ofrecen dones, y algunos vuelven con las costumbres enmendadas: así como aquella rueda, extendiéndose hacia fuera, llenaba en parte la sequedad del círculo polvoriento. Si significó esto, lo sabe el que ordena todas las cosas. Es cierto, sin embargo, que nada sucede en la tierra sin causa (Job 5,6).

V

En la ciudad de Rodez vive un clérigo de buena fama. Este, si ha de darse fe a un sueño, tuvo una visión que contenía lo siguiente: había como un lugar alto, donde brillaba un inmenso resplandor. A ese resplandor se subía por cuatro gradas. Ante la primera grada había como una baranda de hierro. La segunda grada tenía una baranda de bronce. La tercera, de plata. La cuarta, de oro. En la primera grada vio llegar a dos varones resplandecientes en extremo de rostro y de vestido. Los seguían otros dos, que llevaban de

las manos a un tercero entre ellos. Y se le dijo al clérigo que veía esto que aquellos dos primeros eran san Pablo y san Marcial; los otros dos que seguían, san Pedro y san Andrés. Y que el tercero, al que conducían, era san Geraldo. Aquel clérigo no lo había conocido en absoluto mientras vivía en esta vida. Pero cuando después refería de qué estatura y rostro lo había visto, los que lo habían conocido reconocieron su aspecto. Cuando llegaron a la primera grada, cantaban como un salmo. Después de él, san Pedro dijo una colecta. Terminada esta, respondieron: «Amén». Así lo hicieron por segunda, tercera y cuarta vez. Mientras los demás permanecían de pie, el bienaventurado Pedro avanzó hasta el lugar de aquel resplandor. Y, postrado en tierra, permaneció tendido un rato en adoración. Luego se levantó y se postró hasta tres veces. Después una voz, como respondiendo desde aquel resplandor, le pregunta qué quería. Y él dijo: «Señor, imploro tu misericordia por tu siervo Geraldo». Y entonces no sé quién, como sosteniendo un códice, parecía recitar su vida. Y, después de leer un buen rato, el clérigo solo pudo entender esto: El que pudo transgredir y no transgredió, y hacer el mal y no lo hizo (Eclo 31,10). Entonces la voz le dijo: «Haz con él lo que quieras». Y le tendió como un cetro, dándoselo, por el cual tuviera poder para exaltarlo. El clérigo oyó la voz del que lo daba, pero no vio más que el cetro. Entonces el bienaventurado Pedro volvió gozoso a los que lo esperaban. Y en el lugar donde estaban apareció como una subida en pendiente que se extendía hasta el cielo. Y el bienaventurado

Pedro, llevando de la mano a Geraldo, el amado de Dios, y comenzando a subir por aquellas gradas, exclamó en voz alta: «Te Deum laudamus». Y así, cantando salmos, se dirigieron con él al cielo. A esta visión siguió, de modo visible, otra señal relativa a su sepulcro.

VI

El séptimo año después de su partida, el sarcófago, que había sido cubierto hasta la mitad de la tapa con tierra apisonada con los pies, comenzó poco a poco a sobresalir por encima de esa tierra. Y sin embargo la tierra que lo rodeaba no se vio ni elevarse ni hundirse. Los habitantes, sin embargo, aún no lo advertían. Entretanto, un clérigo que venía del Lemosín preguntaba a los monjes si el sarcófago del señor Geraldo había emergido ya hacia arriba. Y añadió que había sido advertido en sueños de que viniera a su sepulcro, porque su sarcófago había empezado ya a aparecer. Entonces los monjes fueron con él al sepulcro y, quitando el lienzo que lo cubría, lo encontraron tal como el clérigo lo había visto mientras dormía. Entonces sobresalía solo un poco. Pero ahora se ve no poco más alto. Y quien lo observa no puede dejar de reconocer que es alguna virtud divina. Desde entonces, pues, comenzaron a obrarse milagros con frecuencia.

VII

Había llegado la solemnidad de la Circuncisión del Señor, cuando un vasallo llamado

Adraldo mandó que en su casa se mantuviera toda la noche un fuego de hechiceros. Pero a la hora más profunda de esa noche los demonios se abalanzaron sobre los que guardaban el fuego. Y los dañaron de tal modo que a uno lo mataron y a otro, inutilizándole los miembros, lo privaron de la salud del cuerpo. Este, que después vivía mendigando, fue llevado a Aurillac. Mientras vivía allí algunos días, ciertos hombres violentos cometían un atropello contra el señorío de aquel lugar. Por esa causa, los monjes comenzaron a tocar las campanas y a insistir en las letanías. Entonces el tullido suplicaba a los que estaban alrededor que lo llevaran al sepulcro del señor Geraldo. Cuando lo hicieron, oraba para que se dignara socorrerlo. Poco después se levantó sano y, restablecidos los miembros, recobró en un momento el vigor de todos ellos. Desde entonces comenzaron a obrarse milagros una y otra vez, y la fama de sus prodigios a resonar con más certeza y más extensamente. Si alguien acaso duda de ellos, puesto que se repiten a menudo en los enfermos, puede comprobarlo con sus propios ojos, y con ello adquirir fe en los pasados. Pero lo que la dignación divina se digna repetir con frecuencia en los que están oprimidos por diversas enfermedades, lo hemos omitido para no alargarnos. Con todo, hemos tocado brevemente algunos, para encarecer la gloria de este bienaventurado varón, no fuera que pareciera que los habíamos pasado por alto inconsideradamente.

VIII

Consta que este santo varón, mientras vivió, llevó a Aurillac muchas reliquias de santos. Pues, como se dijo más arriba, era celosísimo en este asunto, y tenía de Dios no pequeña gracia para obtener lo que deseaba. Entre los demás tesoros de los santos que allí se guardan, hay un trozo del madero del Señor, en el que, como se comprueba por frecuente experiencia, reside tal virtud que, si alguien lo lleva cabalgando, el caballo muere en breve; o, si alguno acaso comete perjurio, se vuelve epiléptico. En efecto, no pocos han caído ya en el mal caduco por este pecado. Los habitantes de aquella región solían tener costumbres muy feroces, pero por el ejemplo o la reverencia del santo varón parecen ser algo más mansos. Y cuando, conforme a derecho, deciden un pacto o algún gran juramento, hacen que se lo traiga algún monje o clérigo, que, eso sí, ha de ir a pie.

IX

Algunos, disputando temerariamente acerca de la gloria del bienaventurado Geraldo, afirman que esta gracia de curaciones no se confiere por sus méritos, sino por la virtud de estas reliquias. Pero nosotros, considerando la causa con más detenimiento, creemos que los beneficios de salud se conceden por medio de aquellas santas reliquias de tal modo que no se niega la cooperación de la virtud del bienaventurado Geraldo. Pues la misma índole de los hechos persuade a creerlo, ya que él suele aparecerse en visión a los enfermos y conferir el beneficio de la salud sobre todo ante su sepulcro. Así ocurrió con el hijo de Juan,

vizconde de Auvernia, a quien su padre llevó allí mudo, sordo y con una mano tullida. Postrándose ante el sepulcro, se entregó a la oración. Mediada ya la noche, brotó sangre de los oídos del muchacho, y su mano se enderezó, y la extendió, sana, en torno al cuello de su padre, y, pronunciando sus primeras palabras, le pidió pan. Y el padre, dando gracias por su hijo, llenó toda la iglesia con sus clamores, y donó al santo sepulcro un alodio de su propiedad. Mencionamos este por su nombre porque, al ser un milagro obrado en una persona eminente, llegó a conocimiento de muchos. Otros, distintos o de diverso género, al principio los anotaban los habitantes; pero, como su número creció inmensamente, se abandonó el cuidado de contarlos.

X

En la villa de Aurillac, ante las puertas de la iglesia, había un poyo de piedra desde el cual solía él montar a caballo. Cuando los enfermos lo besan por amor de él, suelen recobrar la salud. Por esta causa los habitantes lo han trasladado ahora al interior de la iglesia y lo han cubierto con un paño a manera de altar. No lejos de la villa que los campesinos llaman Mulsedonum, el mencionado hombre de Dios había tenido una casa. Los vecinos de la villa acordaron entre sí llevarse su mesa, que todavía estaba en aquella casa, para comer en ella. Y así lo hicieron. Los porteadores, por casualidad, la arrojaron delante de una casa. Cuando, al llegar el mediodía, uno quiso dormir sobre ella, de repente quedó ciego y fuera de

sí. Luego, cuando también un perro pisó esa mesa, al instante se le pusieron rígidos todos los miembros. Pero sin que ellos advirtieran todavía qué pasaba, otro se echó igualmente sobre ella, y también él quedó ciego al instante. Al fin, comprendiendo que habían sufrido estas cosas por causa de la mesa del santo varón, consagrada por las frecuentes comidas que él hacía en ella, la cubrieron con un lienzo y la llevaron a la iglesia del bienaventurado Martín, que está cerca. Allí se la ve hasta hoy colgada del techo. A otra mesa suya, que estaba en la villa de Vaxia, había acudido un presbítero con sus vecinos para un banquete. Y como, según suele suceder, parloteaban entre los manjares y se intercambiaban palabras jocosas, de repente un pavor inmenso los sobrecogió a todos de tal modo que, interrumpiendo al punto sus chocarrerías, se retiraron a otro lugar para comer. Y llevaron la mesa a aquel oratorio que se construyó en el lugar donde los portadores depositaron el féretro para cambiar el paño. En ese lugar, cuando el ganado que vagaba por los alrededores llegaba por casualidad, pastando, a aquel pequeño espacio donde, como dijimos, se había puesto el féretro, al punto empezaba a atormentarse, y algunos animales morían. Los habitantes, comprendiendo la causa por lo que les había ocurrido a los animales, construyeron allí mismo el oratorio mencionado. Es cierto que desde entonces muchos enfermos han obtenido allí la salud. Además ha ocurrido algo admirable y casi increíble, si no fuera porque lo prueba el uso. Pues desde entonces brota en ese mismo lugar un

pequeño manantial, que basta para dar de beber a los caminantes.

XI

Rainaldo, a quien el varón del Señor, teniéndolo por sospechoso, había obligado con juramento cuando aún vivía, como se dijo más arriba, rompió la fe de aquel juramento, y con los suyos era muy hostil a los siervos que Geraldo había traspasado al monasterio. Y cada uno de ellos, en medio de los saqueos que padecían, solía invocar a gritos el nombre del señor Geraldo. Una noche le pareció al mismo Rainaldo que veía al hombre de Dios de pie a su lado. Este le reclamó la fe del juramento y a la vez le advirtió que dejara en adelante de vejar a los siervos. Al despertar, contó la visión a su esposa. Y ella le persuadía de que, al menos ya advertido, guardara el juramento. Y él, compungido por un momento, refirió lo mismo a los suyos, mandándoles, aunque sin firmeza, que no inquietaran a los siervos. Pero ellos, poco después, volvieron a su rapacidad acostumbrada. Y Rainaldo no se oponía, porque era propenso al mal. Y aunque era pariente cercano del santo varón por la sangre, estaba muy lejos de su piedad. Entonces el santo varón se le apareció de nuevo amenazante, y, airado, le echó en cara los bienes que le había hecho y a los que él correspondía con males; y, golpeándolo en la cabeza, le anunció que la muerte le sobrevendría muy pronto.

XII

En la provincia llamada Alamania había un hombre noble poseído por los demonios. Sus parientes y sus caballeros lo llevaban ante muchas reliquias de santos, para que al menos por su intercesión lo librara la gracia divina. Pero el Dispensador de todos los bienes, que había dispuesto glorificar a su elegido, le reservó este prodigio. Y el nombre del bienaventurado varón aún no se había oído en esa provincia. Y mientras sus parientes lo conducían ante los cuerpos de los santos, los demonios gritaban a menudo que de ningún modo saldrían de su cuerpo sino por la intercesión del bienaventurado Geraldo. Entonces los parientes del endemoniado corrían de acá para allá, por si al menos oían hablar de la provincia en que estaba el bienaventurado Geraldo. Y no sé si unos romeros o algún peregrino les indicó la provincia y el lugar. Ellos vinieron a toda prisa a Aurillac. En cuanto llegó ante el sepulcro, los demonios comenzaron a gritar por boca del poseso: «¡Oh Geraldo! —decía—, ¿por qué te burlas de nosotros? ¿Por qué ardemos por tu poder?». Él cayó al punto en tierra y los vomitó junto con sangre. Desde aquella hora en adelante quedó sano.